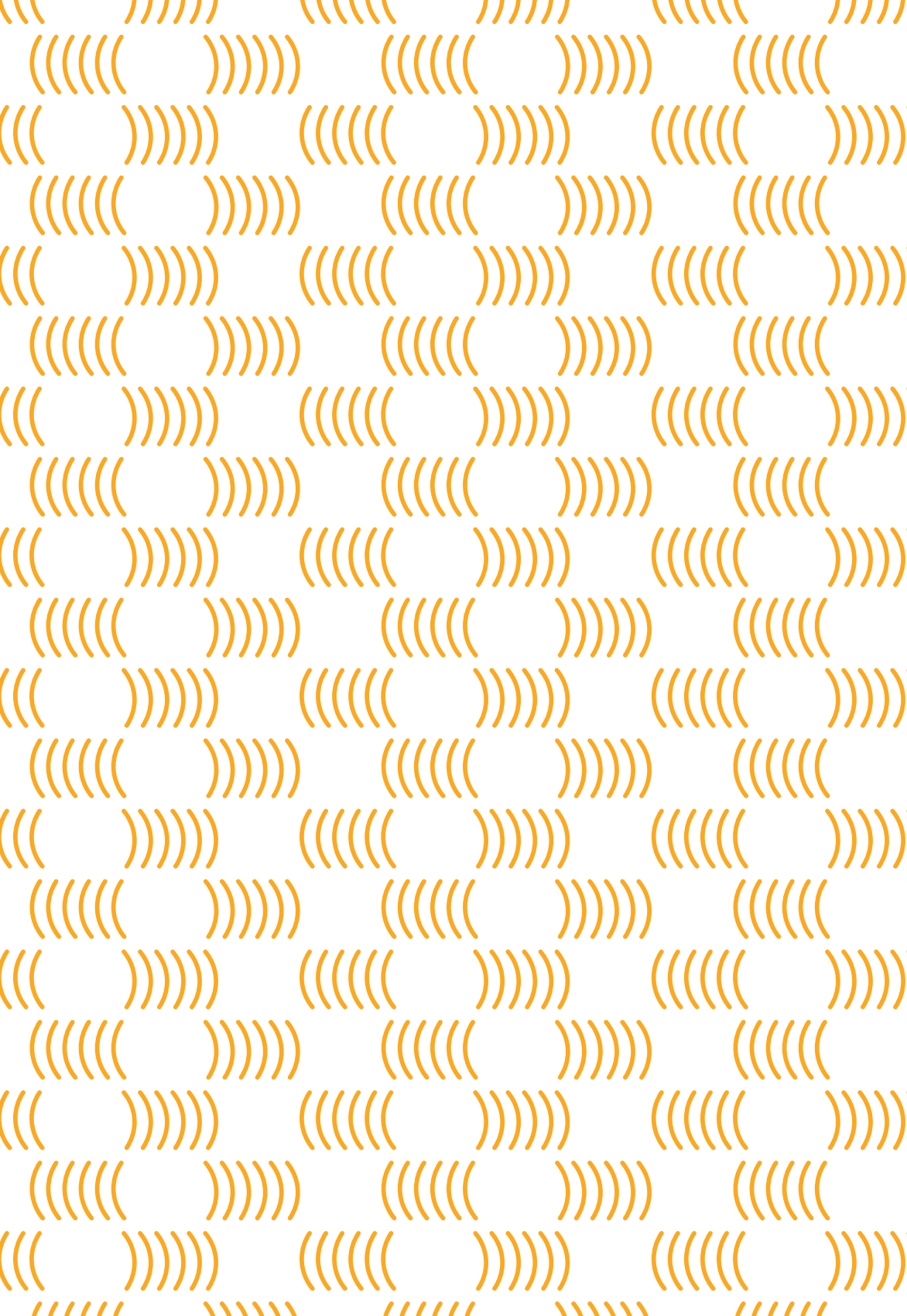




Máquina de sueños



Máquina de sueños

Johanna Valencia • Shirley Manrique • Julia Díaz •
Hans Cienfuegos • Gustavo Urrego • Daniel Molina
• Xiomara Suescún • Beatriz Carretero •
María Claudia Caicedo • Juan Andrés Valencia
• Junior Adilson Pantoja

Máquina de sueños

©VARIOS AUTORES

Cali • Universidad Icesi • 2024

124 pp; 15,5 x 22,5cm

ISBN: 978-628-7630-80-2

DOI: <https://doi.org/10.18046/EUI/ma.cInd.1.2024>

CÓDIGO DEWEY: 808

© **UNIVERSIDAD ICESI**

Facultad de Ciencias Humanas

Primera edición • Junio 2024

Rector:

Esteban Piedrahita Uribe

Director Académico:

José Hernando Bahamón Lozano

**Decano de la Facultad
de Ciencias Humanas:**

Jerónimo Botero Marino

**Directora de la Escuela de Educación,
Creación y Cultura:**

Viviam Stella Unás Camelo

**Directora de la Maestría en Creación
Literaria y Narrativas Digitales:**

Catalina Villa Zapata

Coordinador Editorial:

Adolfo A. Abadía

Comité Editorial:

Jerónimo Botero Marino

Viviam Stella Unás Camelo

Margarita Cuéllar Barona

María Juliana Soto Narvaez

Pablo Aristizábal Castrillón

Catalina Villa Zapata



Diseño y Diagramación

Natalia Ayala Pacini

(estudiocasual.co)

Revisión de estilo

Daniela Torres Piedrahita

EDITORIAL UNIVERSIDAD ICESI

Calle 18 No. 122-135 (Pance), Cali – Colombia

Teléfono: +57 (2) 555 2334

E-mail: editorial@icesi.edu.co

<http://www.icesi.edu.co/editorial>

Publicado en Colombia • *Published in Colombia*

ÍNDICE



- 05 **PRÓLOGO**
EDUARDO OTÁLORA MARULANDA

01. Cuentos y relatos

- 11 LA IMPRECISIÓN DEL QUERER • JOHANNA VALENCIA
31 LA VIUDA • SHIRLEY MANRIQUE
43 LA CHELITO • JULIA DÍAZ SANTA
47 LO QUE SOLÍAMOS SER ANTES DE ELLA • HANS CIENFUEGOS
57 LA CURA • GUSTAVO URREGO
63 AMAZONAS • DANIEL MOLINA

02. Género epistolar

- 69 DUELOS POR CORRESPONDENCIA • XIOMARA SUESCÚN
87 CARTA A UNA SOMBRA • BEATRIZ CARRETERO

03. Capítulos de libro

- 99 EL ENIGMA DEL SÉPTIMO AÑO • MARÍA CLAUDIA CAICEDO
113 LOS NOTABLES • JUAN ANDRÉS VALENCIA

04. Poemas

- 119 LA ERA DEL DESHIELO • JUNIOR ADILSON PANTOJA

PRÓLOGO

EDUARDO OTÁLORA MARULANDA

Escribo estas palabras desbordado de emoción. No podría ser de otro modo porque cada texto que compone este libro pasó por mis manos cuando apenas era una idea. Mi trabajo en ese entonces era ayudar a que los estudiantes encontraran sus proyectos.

Esa no fue tarea fácil.

Resulta que muchos de quienes entran a programas de formación en creación literaria o escritura creativa lo hacen porque ya tienen unas páginas avanzadas (a veces cientos) y quieren que en la universidad les ayuden a mejorarlas. Craso error. Ese es un trabajo editorial y las universidades están para formar. En el caso de la creación literaria, para formar escritores, no para corregir libros ya hechos.

Por eso, desde el principio de las clases que dicté, hice énfasis en que los estudiantes aprendieran la tras escena de una obra literaria, pero no una que se detuviera en lo anecdótico y curioso: que si se escribe en la madrugada o en la noche, que si se hace escuchando música o en silencio, que si a mano o en computador. No. Me empeñé en que los estudiantes entendieran que esa tras escena es un trabajo de diseño más cercano a la ingeniería que al arte. Quería enseñarles que escribir es un proceso complejo que tiene, al menos, dos momentos: por un lado, la acción creativa; por otro, la acción redactora.

Ahí todo empezaba a complicarse y a tener resistencia por parte de los estudiantes.

Era de esperarse. Desde el imaginario cinematográfico que se ha creado de los escritores, se nos muestra que escribir ocurre frente a una pantalla o cuaderno, que ahí surgen las ideas y se resuelven. Pero resulta que las cosas pueden funcionar de otra manera. Quien se sienta frente a la pantalla lo hace porque ya entendió un montón de cosas sobre lo que quiere crear o, si no es así, lo hace para descubrirlas, no para ejecutarlas. En ese sentido hablo de una redacción exploratoria, no de la que va a tener como resultado lo que se conoce como el “texto limpio”. A eso le llamo “crear” y no tiene que hacerse en un lugar determinado ni frente a nada. Se puede crear caminando, durmiendo, leyendo, redactando un trabajo para otra clase o en cualquier momento. Esa creación se materializa en apuntes, bitácoras, notas de voz, servilletas o lo que sea. Luego todo eso se organiza y, ahí sí, se empieza a redactar el texto.

El problema era (y sigue siendo) que todos queremos redactar pronto, porque es lo más placentero, quizás también lo más cinematográfico.

Fue en esos momentos de quiebre cuando conocí a cada uno de los autores de estos textos. Ellos con ganas de llenar páginas, yo diciéndoles, insistiéndoles, que se calmaran, que pensáramos en las motivaciones de los personajes a partir de sus historias de vida, que elaboráramos tramas basándonos en la noción de causalidad y no de casualidad, que propusieran puntos de giro orgánicos, naturales a un determinado universo narrativo.

Yo siempre preguntando, ellos siempre en problemas.

Hasta que, producto del trabajo, finalmente esos proyectos recibían el “visto bueno”. Entre los compañeros y yo revisábamos si en el diseño había fallos o debilidades, incoherencias o problemas de credibilidad. Cuando nadie le veía peros, decíamos: “adelante, ahora sí a redactar”.

Hasta ese punto tuve noticia de los proyectos.

Ahora leo los resultados y me emociono. Las preguntas que hicimos están ahí respondidas a la manera del arte: sin que se noten ni la pregunta ni la respuesta. Los conflictos internos de los personajes les dan vida, pero sin que todo esté explícito. Las estructuras funcionan como lentes ajustados para que se vea exactamente lo que se quiere mostrar.

Entonces sólo puedo decir: “lo lograron”. Pero, inmediatamente, recordarles que todavía falta un largo camino por recorrer, pues los textos que componen este libro son producto de la academia y, por lo tanto, tienen una naturaleza especial.

Para explicar este asunto debo detenerme un momento y presentar algunas particularidades de la creación en el marco académico.

Es un hecho que las academias surgen luego de las disciplinas. Los primeros médicos árabes no asistieron a la universidad, pero fueron quienes las fundaron. Las escuelas de arquitectura no graduaron a los primeros arquitectos, porque ellos aprendieron diseñando por su cuenta o en diálogos con maestros artesanos y experimentando mucho. Así son los saberes: brotan a partir de las necesidades (vitales, humanísticas o creativas) y luego se organizan en contenidos para podérselos enseñar a otros.

Con la creación literaria no pasó diferente. Antes había escritores y luego algunos de ellos consideraron que era momento de organizar los conocimientos para compartirlos con otros. Se aventuraron a enseñar su saber. Pero pronto se dieron cuenta de que, por más conocimientos que compartieran, por mucho que se esforzaran organizándolos y buscando mecanismos para estimular la creatividad de sus estudiantes, había algo que no podía darse en un taller o una universidad: tiempo y espacio indefinido. Y eso es justamente lo que necesita toda obra.

Siguiendo la metodología que le propuse a los estudiantes en su momento, ellos se concentraron en redactar sus relatos guiados por los tutores. El trabajo fue sobresaliente. Pero pronto, en pocos meses, debieron tener listos sus textos para terminar el proceso académico. Por supuesto hicieron su mejor esfuerzo, eso queda demostrado en cada renglón de este libro. Aplicaron lo que les enseñaron, lo cuestionaron, lo apropiaron y lo convirtieron en obra. Pero todavía falta esa distancia, ese espacio-tiempo que permite ver las cosas de otro modo. Y eso no hay cómo incluirlo en los dos semestres de una especialización, en los cuatro de una maestría o en los ocho de un pregrado, porque esa distancia la da la vida, la experiencia, el ir y venir entre otros oficios, la reescritura

desde cero, la publicación y, por supuesto, el correspondiente diálogo con los lectores.

Por eso lo que tenemos entre manos es una especie de contrato, de promesa. Cada uno de los autores acá incluido está demostrando que se tomó en serio este tiempo de formación. Ahora, ya que nos antojaron de leerlos, deben demostrarnos que también aprendieron a tomarse el tiempo de la creación.

01.

Cuentos y relatos



LA IMPRECISIÓN DEL QUERER • **JOHANNA VALENCIA**

LA VIUDA • **SHIRLEY MANRIQUE**

LA CHELITO • **JULIA DÍAZ**

LO QUE SOLÍAMOS SER ANTES DE ELLA • **HANS CIENFUEGOS**

LA CURA • **GUSTAVO URREGO**

AMAZONAS • **DANIEL MOLINA**

JOHANNA VALENCIA

La imprecisión del querer

LA MADRE

Con voz perezosa, mi hijo de once años preguntó:

—Madre, ¿pongo mi ropa en bolsas negras también?

Su cabello revuelto, recién levantado, le daba pinta de científico loco y somnoliento. Mi habitación era un desastre: la cama destendida, el blackout semiabierto, bolsas negras con mi ropa adentro y otro montón de prendas encima de la cama. Cuando él entró, estaba decidiendo si regalaba el vestido mostaza oscuro de tiras y apertura en la pierna derecha.

—No, príncipe. Más bien arregla tu habitación. Mira que aún no has tendido la cama y ya van a ser las diez de la mañana.

Yo llevaba años sin tener una relación seria, pero a medida que pasaban las semanas sabía que debía depurar los contactos de mi celular: dejar aquellos que no fueran a molestar en nuestra relación. “Cerrar las puertas, hija” decía la tía Gertrudis.

También tuve que depurar las salidas de amigos, los viajes *flash*; tuve que gestionar mi tiempo como si estuviese en una carrera permanente para que todo tuviese un orden. Al principio, lo del tiempo parecía lo más sencillo de todo. ¿Cómo no querer acomodar mis horarios para poder pasar más momentos juntos? “Siempre hay tiempo para lo que se quiere”, respondía la tía Gertrudis. Pero siempre que lo hacía me devolvía la pregunta: ¿cómo haré con lo otro?

Me había acostumbrado a llevar el trabajo a casa. Pasaba mis días preparando clases, buscando nuevos vídeos, creando juegos, construyendo *quizzes* y realizando el deporte favorito de los profes: ¡corregir! ¿Y Martín? ¿Cómo harán las mujeres con hijos para tener de nuevo una relación?

En mis dos últimos amoríos había sentido lo difícil que era conseguir y, sobre todo, mantener una pareja. Poco a poco las relaciones iban consumiendo más tiempo, más ganas, hasta que llegaba un momento en el que yo ya no daba más. Evaluaba, en largas madrugadas, mi rol de madre, hija, hermana, profesora, amiga, adulta, mujer.

Al separarme del papá de mi hijo, la dimensión de madre empezó a cobrar una nueva fuerza. Ya no éramos dos en casa para acompañar a Martín. Algunas noches sentía que mis dimensiones maternal y laboral se habían tragado como hoyo negro mis otras yo. Todo giraba alrededor de Martín. Todo giraba en torno a sus tiempos y gustos. A veces, sentía una gran satisfacción y alegría. Detallaba su perfil, veía su nariz perfecta, las pecas en sus labios, su cabello alborotado, y todo mejoraba. Todo valía la pena. Otros días el desorden en su pieza, la desobediencia y el enfrentamiento, me ponían a cabecear. Me repetía que “esto” era solo una etapa. Pero luego llegaría otra y otra. Y así iría por la vida, navegándolas. En las reuniones con amigos o en el trabajo, mi tema era contar anécdotas, logros y desaciertos de Martín. ¿Acaso no tenía nada más de qué hablar? Había dejado que la maternidad me aplomara los pies. Era mi definición de *ser buena madre, dedicada y siempre presente*. No quería ser como la mía. Me empeñaba, entonces, en tomar responsabilidades que a veces me desbordaban: hacía parte del comité directivo del colegio, era la *Homeroom parent*, invitaba a sus amigos a nuestra casa, decoraba

el salón, armaba los grupos de WhatsApp, tenía los contactos de todos. La carrera era constante. Quería cubrir todos los aspectos. Necesitaba hacerlo, necesitaba hacerle saber que yo sí estaba ahí.

Cuando una viene de una familia rota porque los padres se separan y la madre es aún una adolescente, la infancia se complica. Recordaba todas las veces que me sentía como una carga para ella. Sucedió cuando me enviaba lejos: a otra casa, a otra ciudad, a otro país. Entonces, cuando estaba junto a mi madre, la quería sólo para mí, pero tenía siempre en contra una fila larga de pretendientes, novios y parejas. Desfilaban uno tras otro, disfrazados de diferentes colores y profesiones, con sonrisas y tonos de voz distintos. En el fondo, todos eran lo mismo. Todos representaban lo mismo. Recuerdo que cada vez que empezábamos a vivir con alguno de ellos, se me desataba una crisis de asma. Creo que mamá nunca lo entendió.

Ella nació en los años setenta. Última hija de un matrimonio fracasado y violento. Fue la menor y la única mujer de cuatro hijos. En la adolescencia, unas ansias infinitas por descubrir el mundo devoraban las letárgicas horas atendiendo el almacén familiar. Su hogar era una cárcel porque *las mujeres deben estar siempre en casa*, decían su madre, su hermano y la tía Gertrudis. Su madre ya no la aguantaba. Ella, que siempre había querido un apoyo, no lo encontró en la hija rebelde. Viviendo el desamor de su madre y la insoportable supervisión de su hermano mayor, mi madre no vio otra salida que casarse a los quince años con un cliente habitual de la panadería. Creyó así que podría construir su propio camino. Por supuesto, ella no amaba a mi padre, pero nueve meses después, nació yo. De niña, mi madre siempre me decía con una sonrisa en el rostro “tú eres mi diploma”, pero yo siempre percibí el tono agrio. Yo le había truncado su futuro. Un par de años después, mis padres decidieron terminar con sus discusiones, y de paso con mis crisis de asma.

Mamá ya era libre del matrimonio y de su casa materna. Tenía, aparentemente, un polo a tierra: yo. En cambio, vi cómo se iba con José a vivir a una piezucha y yo, desde la casa de la abuela materna, la veía solo los fines de semana. Luego, la situación económica se hizo

insostenible junto con las noches oscuras del narcotráfico en los años noventa en Cali. Creo que, muy en el fondo, fueron las ganas de ir a recorrer esos otros vientos naranjas de las hojas en otoño y el cielo que creía, a mis cinco años, que era diferente. Porque o si no, ¿para qué irse y dejarme acá?

Mamá se fue a Bruselas, la capital de Europa. Pasaron un par de años y, finalmente, también viajé a ese pequeño país. Bruselas me supo a viejo y anticuado, frío y oloroso, raro y confuso. Descubrí los bosques otoñales, esa capa de calor que se produce entre *le manteau* y mi piel, el chocolate pegado a mis dientes al comer *une gaufre au chocolat*, la *r* gutural al decir *rouge*, la letra cursiva y las locuras de las *bandes dessinées*.

Mamá y yo vivíamos juntas allá, pero mamá no era sólo mía. También fue de Diego, de Ramón, de Luis, de Alberto, de Carlos y Ricardo y de muchos hombres que nunca llegué a conocer, pero que subían y bajaban de su cuerpo joven y bello. Mamá ¿otra vez nos vamos a mudar?, le preguntaba cuando me enteraba de que había conocido un nuevo amor.

Cuando recién empezábamos a vivir con sus parejas, mi cuerpo reaccionaba. Entonces dejaba de asistir al colegio por un par de días, mientras me pegaba del inhalador. En los pocos meses que vivimos solas, algún novio suyo la visitaba. Los gemidos me despertaban. La rabia se esparcía como lava por todo mi cuerpo. Destendía mi cama. Tiraba todo lo que había en mi escritorio. Volteaba el colchón. Rayaba las paredes. Lanzaba al piso la ropa de mi armario para luego terminar como un ovillo llorando hasta que, rendida por el enojo y el cansancio, me dormía. Todo se acabó cuando en una requisita rutinaria de tiquetes en el metro, mamá no había comprado el suyo. Le pidieron los papeles. Ella seguía siendo indocumentada. La llevaron a la estación de policía y, en menos de veinticuatro horas, su cabello negro, y su cuerpo delgado y alto habían desaparecido de mis días infantiles. Como un chasquido. Rápido y furioso. Yo tenía nueve, ella veinticinco.

Ese sábado, con Martín, nos despertamos más tarde de lo habitual, yo había tenido una pesadilla.

La noche anterior, antes de acostarme, hablé con mi novio sobre su trasteo a mi apartamento: quién haría qué y a qué hora. Aunque, pensándolo bien, ya no podía decir “mi apartamento”. A partir de ese domingo ese espacio en un cuarto piso de cuatro habitaciones y tres baños sería compartido de nuevo con un hombre. Con mi pareja. Mi segundo “matrimonio”. Estaba feliz, por supuesto que sí, feliz de ir a vivir juntos.

Después de hablar con Cristian, enredé mi ansiedad entre las letras del *Origen de las palabras* de Ricardo Soca. Como sólo pensaba en el trasteo, empecé a buscar:

Ir: no aparece en el libro

Y me intrigaba esto de “ir” porque hay una gran relación entre “ir” y “vivir juntos”. El verbo “ir” indica movimiento, cambio de lugar. Un desplazamiento que implica no estar en el mismo lugar, dejar de pertenecer a un espacio para estar en otro. Dejar esa huella atrás, para ir estampando una nueva. Con “ir” hay una dirección a la que se va. Hay un lazo invisible que se estira hasta el infinito. En este caso, él, Cristian, era quien se movía hacia mí:

Cristian → Yo

De mi parte, yo quedaba en lo conocido, en lo ya recorrido, en la zona de confort.

Cónyuge: Hasta mediados del siglo pasado, cuando la ceremonia católica era celebrada en latín, el sacerdote, después de oír el “sí” de los novios, pronunciaba las palabras rituales: “*Ego conjungo vas in matrimonium*” (Yo os uno en matrimonio).

Novio: no aparece

Convivir: no aparece

Pareja: no aparece

El libro no quería darme respuestas ¿a qué? No encontraba estas palabras, tan comunes en nuestras vidas, pero sí aparecía la etimología de *alhorre*, *blenorragia*, *candombe*, *daguerrotipo*, *epónimo*, y otras que sonaban hermoso como: *arabesco*, *brújula*, *emperifollarse*... Palabras que no calmaban mi curiosidad momentánea. Palabras que desfilaban, como los hombres de mi mamá, una a una. Marchaban hasta encontrar sentido en los labios de quién supiera cómo pronunciarlas, con vehemencia y seguridad. Finalmente me dormí. Soñé que en mi apartamento...*nuestro apartamento*...había montañas y montañas de cajas de trasteo, montañas y montañas de ropa que no cabían dentro de él y así, el apartamento terminaba como una torta desparramada sobre sí misma, vomitando chiros por las ventanas.

Martín se acostó sobre mi cama, encima de la ropa hecha montaña. Dijo, con desparpajo:

—Voy a ver tele.

Como si despertarse y desayunar ya hubiese sido suficiente trabajo para él. Al verlo tan relajado, me tiré a su lado para hacerle cosquillas. Jugueteamos un ratico, nos carcajamos, aprovechando las migajas que aún quedaban de su infancia, de sus mejillas tiernas y rosadas, aspirando su último humor de niñez ¿*A qué hora dejamos de oler a galletas?* Hasta que mi celular timbró.

—Chiqui, ¡qué bello este día, amor! —dijo Cristian—¿Ya está todo listo? ¿Te ayudo con algo en casa?

—No, cariño, no. Estaba...—Miré a Martín sobre la cama con el cabello largo vuelto nada—estaba terminando de organizar el armario para que puedas acomodar tu ropa. Creo que sí habrá necesidad de...

—Amor, eso lo hablamos luego. Tengo muchas ganas de verte y de que estemos juntos.

—Te espero acá...

—Te quiero.

—Yo también.

Volteé a mirar a mi hijo. Ya había prendido el televisor. Buscaba un Youtuber.

—Martín, ve a bañarte, porfa.

Cuando recién me pasé a vivir con mi hijo al apartamento, las maletas eran más ligeras. Había decidido terminar mi relación con el padre de Martín. Sentía que teníamos *asuntos irreconciliables*, forma púdica para decir que “no había futuro”. La relación se había bloqueado y el olor a agua estancada había llegado a invadir los aspectos más íntimos. ¿Por qué se separan? Nos preguntaban familiares y amigos. *Si ustedes son una pareja modelo*, decían otros. Dentro de mí buscaba ese modelo del que hablaban, pero sólo veía una relación pausada y sin escape. Y yo... yo quería más. Mucho más.

A diferencia de mamá, no fui madre adolescente, pero la maternidad también llegó de sorpresa y de forma temprana en mis planes de vida. Creo que mamá lo tomó como una traición. Yo ya no podría sacarla del hoyo de la pobreza en el que ella creía estar. Con un hijo a cuestas, mi rol como promesa de la familia había terminado.

En mi historia, yo amaba al padre de mi hijo, y habíamos vivido varios años con mucha felicidad. Después, porque siempre hay un después del “y comieron perdices”, yo había llegado a un punto en el que mi vida se había pasmado. Me sentía asfixiada. Me perdía en pensamientos futuros: imaginaba diez, veinte, treinta años adelante y los sueños se me agriaban. ¿Qué sabía yo de construir y, sobre todo, de mantener unida y feliz una familia? Nada. La vida se nos había convertido en puro *métro-boulot-dodo*. Un panorama idéntico todos los días, el pico seco y cerrado en la boca, atrancando el paso a todo lo que tuvimos que expresar. Un día dije “No más”. La verdad es que después de eso me sentí jodidamente libre. ¿Sería la misma libertad que mamá sintió?

Al salir de mi habitación grité “Ponte champú y bálsamo, Tintín”. Fui a la cocina y le puse comida y agua al perro. Luego, en la habitación de mi hijo, guardé el balón, tendí la cama, le puse una colcha del América

de Cali, subí el blackout con imagen de Spiderman y abrí la ventana que dejó entrar la luz. Martín llegó, y mientras se tiraba sobre la cama con la espalda y el cabello aún mojados, me sacó de su habitación.

—Tintín, no desorganices tu habitación. Quiero que todo esté bien para cuando Cristian llegue.

—¿A qué hora viene?

—Ahora más tarde, a la hora del almuerzo. Sí quieres que venga, ¿cierto?

Martín me miró y empezó a secarse.

Antes de bañarme, tendí mi cama, recogí un par de zapatos y revisé que todo estuviera en orden. Busqué en *Spotify* la playlist de Shakira y empezó a sonar *Ready for Good times*.

*'cause every day there's a war to fight
And if I win or lose, never mind
As long as you're my shelter every night
I used to cry against a wall
But now I've got a shoulder that I can lean on...*

Me quedé pensando en esa frase de la canción: *Pero ahora tengo un hombro sobre el cual me puedo recostar*. De nuevo sentí el revolcón en mi estómago. Mi cerebro se había parado sobre puntillas en *tenía un hombro* de la canción. La idea de tener una pareja, la sentía apenas ahora que había tomado la decisión, ahora que él venía con sus pertenencias a mi casa. ¿Y qué tal si no funciona? Como no funcionaron los cientos de relaciones de mi madre, de mis tías, de mis primas...como tampoco funcionó la mía. Las relaciones sentimentales en mi familia estaban, al parecer, destinadas a crear heridas hondas y duraderas. Es un hecho y la tía Gertrudis tampoco fue la excepción. Mujer que se casó y que soportó los cachos y los golpes; dejó de ser ella y de lado, también, quedó su deseo sexual, porque hasta mal polvo resultó el macho. “A ese adefesio no se le puede llamar *relación*”, nos decía cuando echábamos lora. Mis parientes están llenas de grandes cicatrices. Como esos bultos donde

siempre cabe un poco más, así mismo ellas acumulan una y otra relación. En mi familia, las mujeres buscan a los hombres para ser *¡felices? ¡completas?* para *¿cumplir? ¡pa' que el tren no las deje? ¡para evitar la soledad?* Todas buscan un nuevo hijueputa que, esperan ellas, les ayude en casa, crie hijos, apoye en lo económico y las haga dichosas en la cama, pero que, bien sabemos, también terminará recordándoles que amar es sufrir, que para estar en una relación hay que dejar de lado una parte de quien se es, que *hay que luchar* por esa misma relación y así, ellas (¿y yo?) demarcan el tipo de relación: una guerra.

La música dejó de sonar en la ducha.

—¡Chiqui! Terminé antes de tiempo y quise darte la sorpresa.

—Amor, a mí me cogió un poco la tarde... los cajones están listos para que organices lo tuyo.

—Vale, vale... ¿Sabes? ¡Me siento tan feliz de saber que ya estoy aquí! Hoy es uno de los días más felices de mi vida, amor mío— me dice acercándose a la puerta de la ducha.

—¡Para mí también! Le digo abriendo la puerta y dándole un beso. Cris, ahora que te vayas ¿puedes poner música, porfa? Ah, y ayúdame con Benji. Aún no lo he sacado a dar su paseo.

Cristian y yo nos conocimos por un amigo en común, en un cumpleaños al que me había invitado. Yo llegué tarde, pero la fiesta estaba tan animada que todos se dieron cuenta de mi llegada. El dueño de la casa me invitó a seguir. Claro, todos tenían ya sus puestas en el sofá, las sillas y el puf en el cual hubiese querido sentarme y mimetizarme estaba también ocupado. No encontré a mi amigo, así que me senté en la esquina de un sillón. Al lado estaba Cristian.

Todo se dio muy rápido entre nosotros hasta el momento del trasiego. Una semana antes, Cristian me contó que se iría a vivir solo. Yo le propuse que nos fuéramos a vivir juntos. De esa primera vez, en el salón del desconocido, hasta hoy, solo habían pasado tres meses.

Martín se asomó a mi habitación (corrección: *nuestra* habitación) y saludó a Cristian.

—Vamos a jugar fútbol, ¿sí? —dijo Martín — Oye y, ¿es verdad que hoy te vienes a vivir con nosotros? — preguntó mientras movía su balón de fútbol de un lado a otro.

—Sí, Tintín.

—Ah, qué bien. Oye, ¿vamos a jugar fútbol?

—Tintín, ¿ya acomodaste tus cosas de la pieza?, le preguntó Tatiana

—Sí, sí, pero quiero ir a jugar fútbol.

—¿Te parece si vamos después de almuerzo? —le propuso Cristian a Martín.

—Bueno, pues.

Cristian le pidió a Martín que lo ayudara a desempacar algunas cosas. Mi novio quería mostrarle los elementos que usaba en los partidos de rugby, así que los dejé y fui a la cocina a preparar el almuerzo.

Después de picar cebolla y algunas verduras, les pregunté:

—Qué prefieren: pasta corta o larga, ¿ah?

—No vamos a comer pasta, madre, Cristian ya pidió pizza.

—Pero si tú no me has dicho nada—le dije a Cristian—¿cuándo decidieron eso?

Empezamos mal, pensé. Miré a Cristian. Martín reía.

—Pues creí que sería chévere que comiéramos diferente hoy. Además, Martín se va con el papá dos semanas, ¿no? Entonces qué mejor que comer algo que a él le gusta, ¿no crees, Chiqui?

—Claro, es buena idea, pero sería mejor que la próxima vez me pregunten...

—Sí, mamá. Me voy dos semanas, tienen que hacerme una despedida, mamá.



Sentados en la mesa, Martín me dice que no quiere ir donde el papá. Que donde él no hace nada y que, en cambio, en la nuestra hará muchas cosas. Yo me opongo. Con el papá ya habíamos quedado; Martín no quiere entender. Insiste. Toma mi celular para decirle al papá, cuando suena el timbre del apartamento. Es él. Ya está abajo en portería.

EL HIJO

Padre se había enojado conmigo, pero sobre todo con mamá. El cambio repentino de planes no le gustaba, ya había quedado en algo con ella. Yo me sostuve en mi posición. Terminamos todos enojados, sobre todo papá, aunque mamá se veía nerviosa. Yo solo quería pasar ese fin de semana en casa de mamá porque ya había hecho planes con su novio. Iríamos a jugar fútbol en la cancha de la unidad y después de eso descargaríamos un juego de *Play* del que me habló, lo jugaríamos un rato y terminaríamos la noche haciendo maratón de *One punch man*.

Con papá quedamos en que me recogería mañana domingo.

Cuando subí al apartamento, mamá estaba discutiendo de nuevo con Cristian. Mamá siempre es muy cansona. A toda hora está enojada. Se enoja por todo y yo a veces ni me entero por qué, pero a ella siempre se le nota en la cara. Siempre, la vena de la frente se le sale y se ve fea. Sé que ahora están discutiendo, la puerta de la habitación de ella está cerrada y Benji se acostó al lado mío moviendo su cola. Mientras espero a Cristian, prendo la tele de la sala y busco a Pablo Dushi para ver su *live*.

Ya no quiero ir a la cancha. Me cansé de esperar y me quité los guayos. Cristian aparece frente a mí como si nada. Como si solo hubieran pasado cinco minutos. Finalmente, me convence porque dice que me comprará el helado que yo quiera y un paquete gigante de Doritos para la maratón. Que sí, que haremos la maratón y con mamá. Yo no quiero que esté mamá. Siempre, siempre se queda dormida cuando vemos tele,

no importa si es película o serie. Entonces, ¿para qué se sienta a ver tele conmigo si es para dormirse? Cuando me enojo mucho, la mando a dormir. Ella dice que no, que está despierta y yo insisto. Mamá se queda y a los diez minutos vuelve y se duerme.

Cristian me dice que lo espere un poco más, que tiene que organizar un par de cosas en el apartamento porque no puede dejar todo en cajas. No sé por qué los adultos tienen esa manía tan fea de prometer cosas que saben que no pueden o que no quieren cumplir. Yo pienso que es sencillo, si sabes qué tienes por hacer entonces no prometes que vas a ir a jugar fútbol. Te concentras en lo que tienes y después ves si hay más tiempo. Cuando digo que voy a hacer algo, lo hago y no pongo excusas como siempre hace mamá. Con ella siempre tenemos planes de ir al parque, de comprar un nuevo balón, de vernos tal película, de hacer una torta, y nunca hay tiempo. Siempre me promete y no lo hace, o lo hace otro día cuando yo ya no tengo ganas. A veces eso me hace pensar que los adultos no son tan organizados, que no tienen noción del tiempo.

Mientras esperaba me puse a jugar Fortnite. Encontré un par de amigos del colegio en línea y estuvimos un buen rato, y como me dio hambre, me comí unos cuantos arequipe *rolls* que venían con la pizza de *Domino's*. Quería más pizza, pero ya no había. Creo que hubiese sido mejor haberme ido con papá.

—Martín, listo, ya acabé con la organización. ¿Vamos?

Miré mi reloj. Eran casi las siete de la noche.

—No, ya no.

—¿Por qué? —me preguntó Cristian con sorpresa.

—Porque ya no hay luz, por eso te dije que fuéramos temprano. Solo hay luz en el fondo de la cancha y así tampoco se ve.

¿Descargamos Red Redemption?

—Ay, lo siento. No lo sabía...sí, sí, descarga el juego. ¿No quieres que te compré los Doritos entonces?

—Sí. ¿Puedes ir tú, porfa? Es que estoy terminando una partida y solo me hace falta 6 *kills* para ganar.

Cuando Cristian salió del apartamento, le pregunté a mamá dónde dormiría yo.

—¿Cómo así, Tintín? Ya te dije que yo dormiré con Cris y tú en tu pieza. Como lo has hecho estos días.

—Pero ¿y si quiero dormir contigo? ¿Ya nunca más volveremos a dormir juntos?

Cristian llegó y se sentó al lado mío para ver el juego en la Play Station. Le pregunté a mamá si me podía comprar el Red Redemption, pero ella primero quería ver de qué se trataba el juego. Entonces vimos el tráiler. Contenta y tranquila de que yo no viera cosas indebidas más de las que veo en las películas de miedo, Marvel, Jackass o Resident Evil, estuvo de acuerdo en que su novio me comprara el juego. Estuvimos jugando primero los tres y luego los dos, hasta que él se cansó. Mamá estaba en la cocina haciéndonos un par de sánduches. Durante mucho tiempo esa fue la comida que me sabía súper deliciosa y la que quería todas las noches: pan tajado, una tajada de queso y otra de jamón, salsa de tomate y dos rodajas de tomate. Y lo que no podía faltar: calentarlos. Sin calor, los sánduches no sabían lo mismo. Incluso, un día le pedí que me enseñara a hacerlos para así decirle a papá cómo debía prepararlos. Mamá a veces tenía sus secretos.

¡Se los dije! Mamá se quedó dormida viendo *One Punch man*. Y nosotros solo nos vimos tres capítulos porque a Cristian le dio pesar de mamá y dijo que tenían que acostarse. Mamá se despertó y me mandó a la cama. Fui y me puse el pijama. Después de cepillarme los dientes, en mi pieza, bajé el blackout. Me acosté debajo de mi colcha y me quedé esperando a mamá con la luz prendida para que me leyera el libro, pero a lo lejos una puerta se cerró.

LA CENA

Tatiana había invitado a su madre y a su hermana, hija de otro matrimonio fallido, al apartamento. Se le había ocurrido, por primera vez desde hacía mucho tiempo, que tener un domingo familiar era el mejor plan del mundo, cuando realmente ella aborrecía ese tipo de encuentros.

En la mesa del comedor estaban sentados su madre, su hermana Juliana, su sobrino, su hijo Martín, su novio Cristian, y ella.

—Mija, cuente entonces, ¿qué fue lo que pasó con Carlos?, le preguntó la madre a Juliana.

—¡Ma! ¡¿Podemos NO hablar de eso ahora...mientras comemos?!

—Es que no entiendo —decía mientras se servía.

—¡Por favor, madre, Juliana ya te dijo que soltarás el tema. No es el momento —le dijo Tatiana mirando a su madre y luego posando sus ojos sobre la cabeza de su sobrino de tres años.

—Carlos es papá mío. Papi no está en casa mía. Papi está en otra casa. Mamá y papá pelearon y papá no está en casa mía

—dijo el niño mientras se llevaba una cuchara de comida a la boca —Mami, ¿papi viene a casa?

El otro día, Juliana y su hijo se habían aparecido en el apartamento de Tatiana. “Es que pasaba por acá y decidí visitarlos”. Lo que más bien quería decir: “Necesitaba hablar con alguien y se me ocurrió que podías ser tú”. Juliana le había contado el porqué de su separación con su pareja. Los silencios también narraban. Que la sequedad en las respuestas, que los enojos de la nada, que la ausencia del detalle y la lista de micro decepciones seguía con paso sinuoso. Por su lado, Tatiana escuchaba sin juzgar. En algún momento pensó “debo decirle algo más”, pero su mente estaba bloqueada. Le dolía, claro, que su hermana hubiese decidido separarse. Ya cuando había quedado embarazada, tres años antes, había sentido un quiebre por dentro. “Solo tenés veintiún años y no sos

profesional, ¿de qué van a vivir?”. Juliana había roto un pacto que ella no conocía, pero que Tatiana solita se había hecho en su cabeza. En su mente, su hermana menor no sería mamá joven. Sus padres la habían criado recalcándole la importancia de estudiar, de ser una profesional, de lograr primero sus metas, de ser independiente, de comprarse una casa, en fin, le habían dicho que era importante vivir y no, claro que no, ser madre a los dieciséis, a los veinte, o a los veintidós, no era una opción; era amargarse la vida. Truncarse el momento. Echar todo a la basura. No prosperar. Sufrir. Eso era la maternidad en casa.

Tatiana habría querido que su hermana cumpliera con ese trato, que hubiese escuchado los consejos. Veía a su hermana estudiando psicología y creciendo con su emprendimiento de bisutería hasta que un día le llegó un mensaje de texto de su madre “Vaya a visitar a su hermana, que está embarazada”. ¿En qué fallamos?, se preguntó Tatiana. En todo, fue la respuesta que encontró. El padre de su hermana ejercía la paternidad hasta que la paciencia, corta de patas y de ganas, se le acabó. La madre de ambas, de nuevo, se había ido del país. “Es que ustedes nunca me entenderán” les decía enojada a Juliana mientras esta le reclamaba. Tatiana, en cambio, ya no le decía nada a su madre. Había desistido de preguntar, de hurgar en el pasado “Porque a mí me duele hablar de esas cosas”, y con eso ella, su madre, salía airosa de los interrogantes, de los vacíos, de las heridas.

De niña, Tatiana había trazado en el suelo, con tiza blanca, una línea entre las dos. Ser lo opuesto a su madre era una necesidad. Admiraba su espontaneidad, jovialidad y fortaleza, pero toda acción o sentimiento descontrolado, improvisado e histriónico que la pudiese acercar, lo moldeaba, transformaba o borraba. Eso no le impedía querer comprenderla. Ambas eran mujeres, ¿no? Ambas eran madres, ¿cierto? Esas condiciones las posicionaba en un vórtice cercano e íntimo. Porque, y pareciese ser, que en la niñez las personas tienden a esparcirse, a alejarse los unos de los otros. Cada uno va creando sus propias rarezas, sus manías, su propio mundo. Una expansión cuasi infinita de ese tiempo

llamado niñez. Ya en la adultez, el mundo se encoge, se contrae con el paso de los días hasta encontrarse de frente con ese otro yo oculto, semi imperceptible, que se ha creado paralelamente a lo rígido y controlado.

Entre soliloquios espaciados, Tatiana encontró una respuesta con la que limó parte de la maternidad errática que vivió: hay mujeres que nacen para ser madres, otras que aprenden durante el camino y otras que no lo serán. ¿En cuál de las tres categorías se ubicaba ella?

—Madre, pasó que ahora me está pidiendo dinero de algo que ya habíamos acordado que él asumiría. Yo no puedo pagar todo, tú lo sabes —dijo Juliana abriendo los ojos grandes como platos soperos.

—Pero, ¿y por qué no vuelves con él?

—No, en serio, no. ¿Puedes dejar de apoyarlo y, por una vez en tu vida, verme a mí, apoyarme a mí?, —dijo Juliana con la voz quebrada.

—De verdad que las personas no son iguales. De Pablo —refiriéndose al papá de Martín— uno nunca podría esperar eso de él. Es que es tan bello. Pablito siempre fue un hombre caballeroso, respetuoso. Me cae tan pero tan bien —pronunciaba con profunda nostalgia mirando a sus hijas. —Es que perdí a un hijo y ahora pierdo a otro —remató su intervención con un suspiro.

Tatiana miró a Cristian y le hizo mueca de que no le prestara atención. Él, en un impulso, se levantó:

—¿Quieren cerveza? Compré una sixpack para el almuerzo.”

Cristian odiaba que mencionaran a los ex de Tatiana, sobre todo si lo hacían como si él no estuviera presente. Se había dado cuenta, durante las semanas en su nueva casa, que la madre de Tatiana tenía una particular forma de opinar sobre cualquier asunto de sus hijas y, sobre todo, que sabía cómo sacarlo de quicio. De la nada, llegaba al apartamento con “unas lentejitas que a mi hija le encantan”. Al día

siguiente, de pronto, “es que vi que les hacen falta cebollas cabezonas para la ensalada”. Un domingo a las diez de la mañana fue porque Tatiana no le había pagado un recibo, y “es que es mejor venir y de paso los saludaba”. “No, no señora. Esta no es su puta casa. No la queremos aquí” era lo que le hubiese gustado responder, pero en su lugar, paró la película que él y Tatiana estaban viendo y empezó a hacer el desayuno de mala gana. Y así se habían incrustado de malos sentimientos esas primeras semanas de convivencia porque él era incapaz de quedarse con la boca cerrada. Cada que se iba la madre, con la frente arrugada, Cristian miraba a Tatiana y le decía “¿qué pasa con tu madre?”, “no puedo llegar tranquilo a esta casa a descansar” o “¿no sería bueno que tu mamá avise cuándo viene?”.

Los problemas conyugales no eran exclusivamente a causa de la suegra. También venían con el diario vivir, el conocerse el uno al otro y descubrir, como el niño pequeño descubre el mundo, las pequeñas decisiones rutinarias, las muecas al oír algo que no gustaba, la justificación como portazo, las catedrales que se erigen en las discusiones, los silencios en el teléfono, las tramas inexistentes, el dedo juzgador, el suspiro. Ambos se habían cargado, él de emocionalidad y ella de frialdad. En las noches, Cristian se sentía distante y Tatiana, acorralada.

—Tráeme una cerveza, porfa—respondió Juliana— ¿están frías?

La madre de Juliana y Tatiana había preparado lasaña, la preferida de Martín. Este intentaba contar sus hazañas del día anterior en el fútbol. Se paraba y hacía la mímica de los goles anotados, las faltas hechas y los golpes recibidos. Apenas terminaba de contar algo, la madre de Tatiana retomaba cualquier otro tema, cualquier otra anécdota.

—Espérate, madre, Martín aún no ha terminado de contar.

Martín estaba cansado de que la abuela le interrumpiera, y también estaba harto de tener al novio de su mamá cerca. Desde que Cristian llegó a casa, todo lo hacían con él. Ya no tenían el más mínimo espacio juntos; su madre había dejado de leerle en las noches y para cualquier

salida decía “hay que esperar a que llegue Cris”. Su solución fue entrar al perro en la habitación y contarle sus aventuras y emociones. Benji sacaba su lengua para lamerse la nariz, dejaba una peluca de pelo en la cama y, ocasionalmente, se quedaba dormido con una pata arriba. La idea le surgió un día en el que su madre salió de su habitación después de pelear con Cristian. Fue directo a la sala con la vena de la frente alborotada y lo regañó: “Ya es tarde. Apaga la tele y vete a acostar”. “Pero...”, balbuceó Martín. “¡No! Nada de peros, ¡Acuéstate ya!”. Martín hizo caso. Al darse vuelta, después de apagar la tele, el perro, acostado en el sofá, lo miraba moviendo la cola. “Benji, vamos”, dijo, y el perro fue tras él.

—¿Puedo comer más lasaña, mamá?, preguntó Martín.

Tatiana le sirvió otra porción mientras pensaba en el sueño que se le había vuelto escurridizo. Se despertaba a las tres de la mañana y, media hora antes de que la alarma sonara, se volvía a dormir. Cuando soñaba, tenía pesadillas y al despertar, la mandíbula pesaba y dolía. Los jeans ya no le cerraban como antes. El asunto de su hermana con su ex pareja también la tenía pensativa y angustiada. Era verdad que su yerno era buen hombre -si se le define con que no sale, no bebe y siempre está en casa-. ¿Y qué pasa con el resto? La madre insistía en que no se separara, que *míreme a mí cómo rodé con su hermana y luego con usted*, que *mire que hay que luchar en los matrimonios, eso es normal, que hay que hacerlo por los niños, porque son los más perjudicados, que nadie dijo que era fácil*; y la madre se deshacía en puros *que*.



—Ya no quiero, entiéndeme eso. Me cansé de los desplantes de él a toda hora y por cualquier cosa.

— Quizás..., musita la madre.

—No, quizás nada, dijo Juliana. *Quizás* es que nada.

—Juli —dice Tatiana— ahora debes enfocarte en el nene y en ti. En organizar bien tus horarios, en encontrar un espacio tuyo, propio...

—Uy sí, tía —interviene Martín— el niño es lo más importante porque uno queda solo. ¿No ves que el papá se fue? —dice mientras prende la Play Station que está en la sala conjunta al comedor.

— Pues yo insisto, Juliana, aún puedes salvar tu matrimonio.

Juliana y su madre entran en una discusión acalorada donde la primera quiere que la otra entienda y, sobre todo, respete su decisión, y la segunda refuerza su postura de salvar el matrimonio. Con poco para decir, Cristian recoge los platos y empieza a lavarlos. Tatiana queda en medio de su hermana y su madre. Detalla el tono de voz que usa su madre, los dedos inquietos que se tocan; recorre con la mirada las lágrimas de su hermana y el cabello alborotado en su rostro. El bebé sigue entre ellas.

Tatiana intenta estar ahí, pero no lo logra. “Debo decirle algo más a Juli”, se dice a ella misma, pero vuelve una y otra vez a la sensación de encierro, de malestar con ella misma. Recuerda “Es que nosotros fracasamos también, Tatiana. Su separación es un fracaso para nosotros como padres”, había sentenciado su exsuegra. *¿A qué sabe el fracaso, madre? ¿Y esto de quién depende, de una misma o de los otros?* La etiqueta no se pega en la frente, Tatiana lo había notado al ver a las personas. *No es un rótulo, es más como un bulto chiquito que se carga en la mitad del pecho, se nota en los ojos, se esconde bajo la voz, aparece en los pensamientos como pequeños borbotones y rasguña la memoria.* Ahora, esa palabra se le hacía más notoria, más frecuente en sus días. A veces crecía y a veces se ponía chiquita. Todo dependía del motivo, de la magnitud del enojo. De la imprecisión del querer.

FRACASO

FrAcAsO

fracaso

FrAcAsO

FRACASO

—Entonces sigan juntos mientras pagan las deudas como una empresa —sugiere la madre a Juliana, quien, al oír esas palabras, termina por estallar.

—Mamá, ¿¿qué pasa?? ¿Por qué no van a pelear a otro lado? No me gusta ver las personas discutir —dice Martín exasperado.

Martín apaga la *Play Station*, “Vamos a jugar en mi pieza” le dice a su primo cogiéndole de la mano.

Tatiana se queda viendo cómo su hijo y su sobrino se alejan mientras, de fondo, su madre y su hermana siguen discutiendo.

Cristian sigue en la cocina.

Tatiana traga saliva y arruga la frente, empuña sus manos, cierra los ojos y respira profundo. Siente el latir chiquito. En el Origen de las palabras, “fracaso”, que podría estar en la página 134, no está.

Tatiana se levanta. Cuando llega a la cocina, cierra detrás de sí la puerta y dice:

—Cristian, tenemos que hablar.

SHIRLEY MANRIQUE

La viuda

Crecí en una casa amplia con la alacena y los armarios llenos, con una madre que no conocía la ternura y un padre que vivía entre el trabajo y las mozas. Eso sí, ante los habitantes de Recuerdos del Palmar, éramos la familia a imitar. Aprendí a aparentar y eso me dio cierta libertad porque, así fuera al escondido, podía hacer lo que me diera la gana sin dar explicaciones. La gente dice que soy alegre y habladora. La gente no sabe nada.

Mi madre soñó que mi hermana Ángela y yo fuéramos mujeres decentes, con un oficio y dignas de que un hombre nos escogiera como esposas. Ella dirá que lo único que se me dio fue lo del oficio. Estudiamos en un colegio comercial donde aprendimos a ser secretarias. Se me daba fácil: el sonido de las máquinas de escribir se asemejaba a la música. Tap, tap, tap y los hombros se me movían solos.

Don Luis, mi padre, y mis dos tíos, dedicaban su vida al negocio que habían heredado de mis abuelos. El sustento de la familia dependía de un granero próspero, abastecido con los productos que les compraban a los campesinos de las veredas cercanas. Mi padre hacía tratos justos con los proveedores y clientes; así su rostro fuera áspero como el cartón, los ayudantes del negocio decían que era un buen patrón. Mi madre señalaba que todo se lo debíamos a él, a “su papá” (así lo llamaba). Mi hermana desviaba la mirada cuando él le hablaba y corría si la mandaba

a traerle un jugo, o las chanclas. En esos pequeños mandados se basaba su relación. Conmigo era diferente.

–¿Tiene mucha tarea, hija? Vamos pa'l granero.

–Me da pereza, papi– contestaba ante los rostros expectantes de mamá y de mi hermana, quienes jamás lo contradecían.

–Hoy es martes, doña Teresa saca empanadas con champús – me chantajeaba

Y así salía detrás de él.

–Esta mañana me iban a meter un bulto de papa en diez pesos y casi la mitad podrido, le quieren ver la cara de güevón a uno – eran los comentarios que hacía.

A las seis en punto cerrábamos el granero y comprábamos las empanadas; a él le debo el gusto por el ají bien picante. Me tomaba dos vasos de champús y esa noche no comía.

–¿Para qué le diste tanta comida a esa muchachita? la quieres ver toda gorda. Después nadie la va a voltear a mirar y nos vamos a encartar con una solterona – eran los reclamos de mi mamá.

Angie, mi hermana, tres años mayor, me acompañó en mi intento de descifrar el mundo. Desde pequeña fue tranquila, paciente. La recuerdo sentada, peinando a sus muñecas, hablando en voz baja, susurrando. Estaba enamorada de Víctor Gutiérrez, amaba los libros románticos y las radionovelas.

Sería por imitarla a ella, por saber qué era eso de estar enamorada, que me metí con Jorge: un tipo que se acercaba a los veinte y que exageraba al aplicarse colonia. Era el hermano de Andrea, mi compañera de curso. Jorge iba por ella a mi casa cuando nos juntábamos a hacer tareas en grupo. Me mandaba saludos. Había dejado de estudiar y se dedicaba a vagar por ahí con la excusa de buscar trabajo.

Por esa época yo iba a cumplir los quince. Mis padres y tíos habían insistido en celebrar por lo alto, ya que Angie no había permitido que le celebraran. Planeaban una ostentosa torta rosada, presentación de un trío de cuerdas y vals. Jorge ni siquiera estaba en la lista de invitados, pero se coló para bailar dos canciones conmigo cuando recogió a su hermana.

Después de ir a la misa de siete llegué al salón, mi vestido era largo, de satín rosado, lleno de encajes. Mi papá y yo bailamos el vals, luego bailé con mis tíos y así con todos los hombres de la fiesta. Me senté en medio de mis padres con quienes no tenía de qué hablar.

–Ya se le desbarató todo ese peinado –dijo mamá reprochándome. – Esos rulos no le duraron nada, heredó ese pelero lacio y rebelde de su abuela, qué jartera – y trató de enrollarme un poco, a pesar de que ambas sabíamos que eso no servía de nada.

La fiesta se prendió. Hubo aguardiente y lechona. En cada mesa ponían empanadas, aborrajados, queso con bocadillo y trozos de salchicha. Mi tía se enojó porque una amiga de mis padres le estaba coqueteando a su esposo. Mi abuela se ofendió porque el trío no tocó “Noches de Bocagrande”, y a mi primo Carlos y a Susana, que no llegaban a los catorce años, los encontraron besándose en los baños de mujeres. Mi familia conoció mis dotes de bailadora.

En la madrugada, la fiesta se trasladó a la casa. En la tarde nos fuimos al río a refrescarnos y a matar guayabo. Unas semanas después, Jorge me mandó a pedir el cuadro. Lo escribió en un papelito que me pasó Andrea con cara de que ya sabía lo que decía. Dije que sí, y en nuestra primera conversación como novios, me pidió que no le contáramos a nadie todavía, “vamos a ver qué pasa”, me dijo. Angie, que estaba sufriendo de amor porque su novio Víctor llevaba un año en el exterior, decidió que me ayudaría a ser feliz. Dejó claro que no estaba de acuerdo con las condiciones de Jorge.

El día después de ennoviarnos, capé clase en complicidad de Andrea y de Angie. Jorge me esperó dos cuerdas antes de llegar al colegio, con una bicicleta que le habían prestado. Me subí en la barra y salimos por los callejones. Llegamos a la parte de atrás de un sembrado de caña que había a las afueras del pueblo. Nos sentamos a la sombra de un árbol de naranja y empezamos a besarnos y a tocarnos con desespero encima de la ropa. Me gustó. Luego sentí que ya era suficiente y quise volver. Entonces Jorge se bajó el pantalón. Me puse nerviosa. Dije que no y lo empujé, pero él ya estaba decidido. Me bajó los calzones, me abrió las piernas. Sentí como algo duro y seco entraba en mí. Yo forcejeé, pero fue en vano. Jorge bufaba cerca de mi oído: “qué rico, estás cerrada”, decía. Yo quise gritar, pero Jorge me tapó la boca con fuerza. Él sí gritó, y luego sentí escurrir un líquido espeso por mi vulva adolorida. Dijo que eso me pasaba por ser virgen y prometió que la próxima vez sería diferente. Se quedó acostado con los brazos abiertos, me acerqué a él para acurrucarme, pero no se movió ni me abrazó.

En la noche, Angie lloró conmigo. Imaginamos, sin decirlo, que mamá tenía razón y que por eso nos decía que debíamos cuidarnos de los hombres. Asumimos que yo me lo había buscado. Yo lo asumí. Ella nunca me culpó. Además, lo tenía claro, sabía que había hombres buenos, que Víctor nunca haría algo así, sabía que enamorarse era posible. Dormimos abrazadas en su cama.

Le pedí a Andrea que le dijera a Jorge que ya no éramos novios. Ella no se sorprendió, y no sé por qué me pidió perdón. Al mes siguiente eché de menos la menstruación. Angie sospechó que yo estaba embarazada. Buscamos a su suegra, Griselda, la curandera del pueblo, a la que mamá le tenía tanta confianza. Aunque no le habíamos pedido nada antes, sabíamos que ella podía ayudarme. Fuimos a su casa, me dijo que tenía como seis semanas de embarazo y que podía interrumpirlo si yo quería.

Angie y yo nos desvelamos varias noches.

No sería un juego de muñecas, mamá me echaría de la casa, papá tendría la cara más larga que nunca, el parto sería horrible. Las mujeres

se enfermaban por la hemorragia o por la infección, no merecían ser madres, dios las castigaba de alguna manera. Estaría en la boca de todos en Recuerdos. O nadie lo sabría nunca. O yo moriría.

Decidí abortar. Griselda me dio unas aguas de hierbas que debía beber durante tres días y otra diferente, que me tomaría en ayunas el día del procedimiento.

Mi hermana fue al granero para asegurarse de que allí estuviese papá, mientras yo iba al billar a buscar a Jorge. Al verme, soltó el taco y me dirigió afuera del sitio tomándome del codo. Con disimulo, caminamos hasta la esquina, él fumaba un cigarrillo sin filtro.

–¿Querés ir al cañal otra vez? –preguntó el desgraciado.

–No jodás, Jorge, estoy embarazada, y es tuyo – le dije.

–No me vengás con eso, Sara, no me voy a amarrar a vos.

Jorge se recostó en la pared apoyando la espalda y un pie, formando un cuatro con su cuerpo flaco. Mirando a la nada, continuó:

–Buscá a la suegra de tu hermana, ella te arregla ese problema.

Trató de besarme. Lo cogí de las orejas y casi me quedo con ellas en la mano.

–No sos más hijueputa porque no sos más grande –le dije.

Me fui sin mirarlo. Algo me dijo, yo no escuché, estaba aturdida y me limpiaba con asco los mechones de pelo con los que se habían quedado mis manos, que ahora temblaban. Mis lágrimas se encontraron con Ángela, que ya venía a mi encuentro.

Llegamos a la casa de Griselda con el uniforme de la escuela, temprano, antes de que sonaran los siete campanazos que anunciaban que ya debíamos entrar a clase. Había tomado el bebedizo amargo tal como lo había dicho ella. Tenía un pequeño sangrado como cuando va a llegar la menstruación. No recordaba que la casa de Griselda fuese tan fría, tan gris. Mi hermana tenía las manos heladas, me abrazó, me confesó, en un susurro, que estaba asustada, y se quedó en el pasillo esperándome.

Griselda me hizo pasar a su consultorio. Recordé la tarde en la que entré a aquel mismo cuarto acompañando a Ángela para que la curaran de la mordida de una cabeza de candado. Permanecían intactos el gabinete con frascos y la maleta vieja de Griselda. Antes me habían fascinado. Ese día me produjeron náuseas. En ese momento sentí un dolor fuerte en la cadera, o en el pubis, o en el coxis, o en todos lados. Griselda me dio unas pastillas que me adormilaron. Me pidió que me desnudara y que me pusiera una bata vieja. Temblaba de frío, me acosté con las piernas abiertas. Hurgó dentro de mí y me desvanecí. Cuando desperté, la vi sentada a mi lado, con un rosario en la mano y murmurando oraciones.

–Ya está, mi niña. La próxima vez ponga cuidado a quién se lo da –su tono era más bien cariñoso. Yo sentí que me había dicho “perra”.

–Doña Griselda, no le vas a contar a nadie –le supliqué con la voz bajita que me salió.

–¿Ha escuchado alguna vez a qué vienen las mujeres acá? –me dijo alzando una de sus cejas. Dije que no con la cabeza. –Lo que pasa aquí es secreto, por el bien mío y de las mujeres de Recuerdos.

Me volví a dormir. Al despertar, tenía puesta una sábana a manera de toalla higiénica; Ángela me esperaba en la silla donde antes había estado Griselda.

–Estás pálida –fue lo que dije.

–No te has visto en el espejo, boba – y trató de sonreír mientras lloraba.

Habíamos hecho planes aprovechando que mamá iba a la ciudad, por lo que no supo a qué hora llegamos. Por suerte había sopa, Angie me la llevó a la cama. Dijimos que estaba con calentura, tal vez resfriada, y que el periodo me había llegado muy fuerte. Mamá me llevó agua de canela y papá entró a darme las buenas noches. Las atenciones me dieron náuseas.

A los dos días me dio fiebre y una gripa de verdad. Mamá llamó a Griselda, quien, al quedarse sola conmigo, me dijo que a veces la culpa se materializaba en enfermedades y, con su voz tranquila, me contó acerca de los miles de abortos que se practicaron nuestras ancestras en épocas de la colonia para evitar parir hijos esclavos. Ellas eran violadas, pero al final decidían sobre su cuerpo. Eran violadas. Violada.

Sentía que era un cristal delgadito. Antes de dormir, Angie y yo leíamos fragmentos de “Mujercitas”. Lloramos en la escena en la que Jo cortó su cabello y decidí que sería un buen castigo para mí.

–El castigo será para el pendejo de Jorge, no para vos.

–A ellos no les importa nada – dije pensando en todos los hombres.

–El muy cerdo ni sospecha lo que estás pasando y si lo supiera, no sentiría ni la mitad.

A la semana siguiente, me corté el pelo a la altura de los hombros. Mamá reclamó como si la cabeza fuera suya. Papá mostró decepción sin decir una sola palabra. Y bueno, era mi pelo.

Al principio rechazaba las fiestas, pero pronto volví a disfrutarlas. Cumplir quince años significaba dejar de ser niña para convertirme en señorita. Angie era legalmente adulta porque ya tenía cédula y había terminado su bachillerato. Aún así, para nuestros padres éramos todavía unas niñas y nunca se acostumbraron. Mamá no desperdiciaba oportunidad para decirnos que la vida libertina terminaba muy mal y que terminaríamos asadas en el infierno.

Frecuentábamos más a las amigas, quienes me invitaban a mí porque las hacía reír y conversaba con entusiasmo de moda, de política o del clásico Cali vs. América. Arrastraba conmigo a Angie, que era más reservada y casi no tenía amigas. Los sábados en las tardes íbamos a los agüelulos, que eran las fiestas en las casas a las que entrábamos pagando una pequeña cuota, y donde revolucionábamos los discos a 45 RPM, porque bailar salsa en 33 era muy lento para nosotros.

El son se me metía en los huesos y mi cuerpo respondía con altura. Los muchachos y los señores querían bailar conmigo, ellos pagaban mi cuota de entrada y las luladas que me refrescaban para seguir bailando y dejando atrás mis heridas. Luego, mis parejos me enviaban razones o noticas con corazones, pero no hacía caso de ninguno, lo que me dio la fama de inalcanzable. Cuando Ángela cumplió veintitrés, y al ver que no tenía noticias recientes de Víctor, quien hacía cinco años se había ido al extranjero dejando la promesa de un noviazgo suspendido, mis padres decidieron que era hora de conseguirle esposo. Se les ocurrió que podría ser un señor que vendía telas, un indio fuerte que había llegado al pueblo hacía un par de años, un gigante tranquilo, con cara de bobo, que ya empezaba a ser rico y podría darle una buena vida a mi hermana. Ella accedió, al ver que su novio no volvía. Quiso ser la dueña de todas las telas para hacer cortinas, cojines y juegos de sábanas. Quiso encargarse de su propia casa y olvidar a Víctor. Quiso casarse. Yo la animé. Cuando me gradué como bachiller comercial, mi papá prometió ayudarme a estudiar diseño de modas. En mis tardes de ocio, mientras pasaban las vacaciones, visitaba a Angie y, aunque su sonrisa no era tan brillante como antes, ya no se mantenía con el ceño fruncido. Cosíamos juntas, comíamos pan y café con leche mientras charlábamos. Su casa era más grande que la nuestra, fresca, con muebles bonitos, la nevera siempre llena. Aún así, Angie no mostraba mayor interés en nada. El ambiente de la casa era gris.

Iba sin ella a las fiestas. Siempre estuve rodeada de amigas, y tuve algunos vacilones con muchachos, nada serio. Me divertía, bailaba y bailaba. Fue en ese tiempo que llegó Víctor, usando la moda gringa: tenis y camisetas que decían *Nike* o *Adidas*, y gorra de los *Lakers*. Ya no lucía como un niño desnutrido como cuando estaba de novio de mi hermana. Construyó una bonita casa para su madre y para él, y empezó a trabajar en ganadería. Papá ya estaba hablando de vender carne en el granero, por lo que empezaron a hacer negocios.

A veces iban juntos a la casa después de estar en el granero.

–Vea, hija, ofrézcale cafecito al Víctor –ordenaba mi padre. Salía bostezando, haciéndome la pendeja porque ya los había visto llegar y había corrido a peinarme.

–¿Te gusta clarito? ¿Le pongo leche? –le preguntaba a Víctor mientras servía el café de papá bien cargado con tres cucharadas de azúcar.

–Más bien oscurito –decía Víctor con su sonrisa de dientes perfectos mientras se iluminaban sus ojos amarillos –Y a vos, ¿Cómo te gusta, Sarita? ¿Te vas a sentar con nosotros?

Papá se quedaba un rato, nos decía que el surtido lo estaba comprando más caro. Luego nos dejaba solos.

Víctor me contaba historias de su viaje y yo no le creía todo. A veces me parecía que esos cuentos no le pertenecían al mismo muchacho que me hablaba. Él era un pelado menudo, con frente clara; su rostro no mostraba alegría ni tristeza. Tenía cara de aparente inocencia que contrastaba con todo lo que le había tocado vivir. Si miraba fijamente, en sus ojos se podía intuir un dolor, un secreto, algo que lo atormentaba. Como ya me estaba enamorando, pasé ese detalle por alto.

Una tarde de esas, mientras Víctor me miraba fijamente mientras hablaba, yo me sentí turbada. Sin darme tiempo de pensar, lo besé en sus labios lisos y sentí su lengua caliente. Desde ese día, nos besábamos cada vez que podíamos. Hablamos de ser novios, y yo no dejaba de pensar en Angie. Víctor aseguró que mi hermana había sido un amor de juventud, una frase cliché que decidí creer, que me convenía. Otro detalle.

Un día, quise contarle a Víctor lo del aborto.

–Tuve que buscar la ayuda de tu madre –le dije. Como lo vi tranquilo, seguí con mi relato. –¿Vas a enojarte conmigo?

–Ay, Sarita, si dejara de hablarle a las personas que mi madre ha ayudado en secreto, me tendría que volver mudo –y volvió a besarme. Vi entonces la posibilidad de tener una familia, tal como lo había soñado desde que era niña. Víctor Gutiérrez sería mi esposo.

Mis padres aprobaban las visitas de Víctor. Escuché decir a mamá que era un buen muchacho. Cuando fue novio de Ángela lo despreciaban. Quizá solo era porque no tenía plata. El problema sería contarle a Angie. ¿Era una traición de parte mía? ¿Cómo vería ella esta realidad? ¿Cuál era su realidad?

Pues una tarde cualquiera, mamá le dijo a Angie que Víctor y yo estábamos enamorados. Al parecer, mi hermana lo tomó bien, y yo pensé que, a lo mejor, había exagerado, y que el amor de esos era cosa de pelados, como había dicho mi novio.

Nuestra boda se celebró con una recepción sencilla en casa de mi suegra. Hicimos alboroto hasta el otro día. Víctor bailaba poco en su adolescencia, ahora lo disfrutaba más, aunque seguía igual de descoordinado. El ritmo de la salsa nos acompañó toda la noche. Me acosté con los pies adoloridos y sucios, porque mis zapatos volaron antes de la madrugada. Al día siguiente, recién levantados, cuando Víctor separó mis muslos para besarme en medio de ellos, mientras metía su pene erguido en mi boca, sentí cómo la certeza de una vida que tenía planeada, estaba empezando con sorpresas a las que le podría dar cabida.

Poco después del primer mes, Víctor llegó borracho a las tres de la mañana. Estaba, según él, haciendo negocios. Se disculpó. Otro día regresó a las cinco. Después, uno de sus amigos lo trajo al otro día, sin explicaciones. Lejos estaba de saber la verdadera razón. ¿Lejos estaba de saber la verdadera razón? Su almuerzo se enfriaba en la mesa y había que botarlo.

Traté de buscar respuestas. Si solo hubiese conocido las preguntas. Empecé a prepararme para el examen en el Instituto. Hacía dibujos de trajes de gala y los cosía en miniatura. No teníamos problemas económicos, comprábamos lo que queríamos, pero no tenía la atención de mi esposo. Repetía la historia de mi madre, solo que yo no tenía hijos. Entré a estudiar, lo que fue un alivio para ambos. Ocupé todo mi tiempo. Aparentaba ser una esposa dichosa.

Y aquí todo se acelera. Después de mi primer aniversario, nació Violeta, la hija de Angie, una criatura pequeña con ojos centelleantes.

Fui yo quien la bañó por primera vez, la cargaba y consolaba cuando su madre se desesperaba. Pedí ser la madrina. Ángela me lo negó.

Violeta se dormía en mis brazos, mientras yo la arrullaba con letras que me inventaba al ritmo de salsa.

–Yo no sé cómo ser mamá – se lamentaba Angie cansada.

–Eso no se aprende, Angie, es como la charanga, dejáte llevar

– le decía para que le diera su atención a la bebé.

Mi cuñado la mimaba. La cabecita de Violeta giraba buscando la voz masculina que conocía desde que estaba dentro de la panza. Con los mejores movimientos que podían salir de su cuerpo brusco, Eliécer aprendió a cambiar pañales y a darle el biberón, mientras mi hermana lloraba y se ponía emplastos en sus pezones adoloridos.

Cuando Violeta cumplió un año, hicimos una fiesta preciosa con globos de colores. Al final, nosotras recogimos el desorden, ellos siguieron tomando. Casi a las diez, mi padre, Víctor y Eliécer se fueron para el billar.

Ángela, mi madre y yo conversábamos alegres, como un presagio de que estaríamos solas años más tarde y de que todas volveríamos a esa casa. La niña dormía en mis brazos.

Nos asombramos al escuchar a papá en la puerta. Mamá se tuvo que parar porque él no podía abrir la cerradura. Llegó al centro de la sala pálido, pasmado, sin borrachera. Como pudo, nos dio la noticia: Víctor vociferaba que Violeta era su hija; Eliécer colérico, irreconocible, lo empujó en seco. Mi delgado esposo cayó al suelo rompiéndose la cabeza y murió allí mismo, en medio de un pozo de sangre mezclado con aguardiente.

JULIA DÍAZ SANTA

La Chelito

Celino no quiso esperar más y sacó la pistola. Luna fue rápido: se le tiró encima, le agarró la mano, dispararon al tiempo. Mandó el arma lejos y siguió peleando con Celino mientras La Chelito caía al suelo. Una vez tendida, ella no quiso moverse ni gritar, así que nadie se percató de que la bala le había pegado a ella. La mujer, tumbada, escuchó el bolero de Tita Duval que salía por la puerta del viejo salón. Solía cantárselo a su hermana:

*“Fatal fue mi error al amar.
Cuántas cosas pasaron,
en mis viejos amores.
Cuántas cosas que el alma,
no podrá nunca olvidar”.*

Todo había empezado hacía unas horas. Celino estaba parado en la acera cuando el carro pasó por encima del charco. La mezcla de agua y barro hizo lo suyo en el lienzo blanco: la camisa planchada y el pantalón de prenses. Cerró los ojos y, al sacudirse con un madrazo, los abrió para ver la placa del carro que bajaba la velocidad. No volvió a parpadear hasta que se detuvo a varios metros.

Memorizó los números en la lata. Luego, echó una ojeada a su ropa. Se llevó la mano a la cintura y palpó el arma. Sin verla, clavó los ojos en los de La Chelito, su mujer, quien miraba angustiada por el espejo retrovisor. Rezongó cuando el carro arrancó de nuevo.

Cruzó la calle y aceleró el paso. A tres cuadras del Teatro Rialto, se encontró con el grupo. No se atrevieron a reír cuando lo vieron así de sucio. Les contó sin detalles y advirtió que iba a encontrar ese volquete donde fuera. Cuando arrancó a caminar de nuevo, todos lo siguieron.

Unos minutos después, el hombre se detuvo y señaló. Ahí estaba el carro, parqueado en una de las cuadras de El barrio Obrero de Cali. En esa misma esquina quedaba Santaora, el viejo salón de baile, con su letrero de 1910.

No quiso moverse, prefirió quedarse en la acera del frente, al lado de un pequeño *guásimo* tembloroso recién sembrado. Se quedó quieto, trazando la mejor estrategia para cazar a ese hombre que andaba con La Chelito, su mujer. Decidió esperar a que el tipo saliera, no quería tropeles con los dueños del salón. ¿Quién tiene la suerte de salpicar el nombre y el vestido de Celino Ramos, y seguir tan campante por la vida?, se preguntó con sonrisa de malevo de esquina. El vestido y el baile eran códigos sustanciales para los hombres de los barrios populares de Cali. Como si el aspecto de las cosas les permitiera una leve reconciliación privada, cuidaban hasta el más mínimo detalle del atuendo con el que salían de baile los domingos. Si lograba cazarlo, quizás se volaría en ese mismo *Ford A tipo Phaeton*, modelo 1937.

Por una de las ventanas, alcanzó a ver a la pareja. Hacía un par de décadas, ahí mismo, Celino y La Chelito habían jugado a casarse. El 7 de junio de 1933, él era un muchacho joven que trabajaba cargando bultos en el Ferrocarril del Pacífico; un oficio que detestaba tanto como no poder llegar a fin de mes, o no poder llegar al domingo de cada semana, o mucho menos llegar a comprarse unos zapatos decentes (eso cambiaría pronto, pues tuvo talento en la gallera y luego en la venta ilegal de destilado de caña). Ella era una muchacha a la que le gustaban los bailes y cantar sola. Celino la llevó hasta la puerta del templo Jesús Obrero. Estaba un poco borracho. La miró y le dijo: “nos declaro marido y mujer”.

Ellos habían estado bailando ahí mismo, en esa esquina en la que ahora ella lo hacía con Luna. El templo quedaba a una cuadra del salón,

en los mismos bordes del parque Eloy Alfaro, el barrio de los jornaleros. Mientras recordaba, una canción salía por las ventanas:

*“Por qué tú sufres si tú no tienes por qué sufrir,
por qué tú lloras si tú no tienes por qué llorar.
Tú tienes de todo cuanto le pides a Dios.
Por qué tú sufres si tú no tienes por qué sufrir”.*

Estaba tan seguro de que eran Chano Pozo y Arsenio Rodríguez con la orquesta de Machito, como de que ganaría una pelea esa noche.

No había terminado el disco, cuando Luna salió del salón con La Chelito. Celino contó cinco pasos y se les atravesó en el camino. No se dijeron nada, solo izaron los torsos. Celino prefirió molerlo a golpes antes de mostrar el arma.

Los hombres de Celino rodeaban la escena. Vociferaban mientras la pareja forcejeaba. Luchaban entre golpe y golpe, tragándose las babas del otro, untados del mismo sudor. Se soltaban, se golpeaban y volvían abrazarse como amantes en medio de la lucha. Celino era el que más golpeaba, y era el único que estaba armado. No quiso esperar más. Sacó la pistola.

La Chelito, todavía en el suelo, escuchaba la canción y recordaba la sonrisa de Tita Duval, su pelo brillante. Días atrás, ella había cumplido un sueño: la había visto en persona en el Hotel Alférez Real. Era su ídolo: mujer argentina, acordeonista, saxofonista y cantante que tenía su propio cabaret, en el que se presentaba con su propio grupo. Una mujer que, en un contexto tan rudo para las mujeres, giraba por Colombia y por otros tantos países.

Desde el suelo, La Chelito vio que los tipos seguían golpeándose y que el grupo seguía mirando a los hombres, como esperando el momento para intervenir. Quiso levantarse de inmediato, pero decidió esperar tendida, dando vueltas a eso que le había dicho Luna: “Tita realmente se llama Dominga Salazar”. Era su mismo nombre: Dominga. Nunca le gustó, por eso se lo cambió por La Chelito. Qué coincidencia, pensó.

Luna no era el amante de La Chelito, era uno de los socios de la gallera, un muchacho de los barrios del oeste, con carro lujoso, que hacía tratos raros con Celino. Uno más de los tantos que se le acercaban a ella por esos días. Era lo que su mamá llamaba un *tontohermoso*, demasiado pulcro para ser cierto. Ante la insistencia, ella le había dicho que, si la llevaba a ver a Tita Duval en el Alférez, podrían ir a bailar juntos a Santaora una noche. Ella sabría cómo evadirlo a tiempo.

La Chelito quería pararse, pero esperó un poco más. Deseó que murieran ambos. Si eso ocurría, al día siguiente no iba a importarle que la gente del barrio empezara a decir que se habían matado por culpa de ella. Sería una mujer libre. Se mataron porque querían matarse: los hombres casi siempre matan por negocios, iba a responder. Era la verdad.

—Oh, qué bella voz la de Tita, pensó.

Luego dejó de respirar.

HANS CIENFUEGOS

Lo que solíamos ser antes de ella

No es posible contar la guerra, porque ella vive con ustedes, conmigo, con nombres propios y ajenos, con mujeres y hombres, grandes y pequeños, vivos y muertos. Al final todos somos uno, usted y yo.

Parece que estoy de vuelta en casa. Soy de carne y de huesos, de pensamientos e ideas. Sepan ustedes que hace años decidí embarcarme hacia un viaje que lo cambió todo. Hace cinco meses cumplí treinta y uno. Sin embargo, en ocasiones luzco de dieciséis, en otras de cuarenta. Mi vida aparenta estar en calma como si nunca hubiese ido hacia *ella*, pero no lo está. Partí siendo un niño. Crecí en un lugar en donde la guerra transforma las vidas; donde hay responsables, inocentes y asesinos. No sé cuál fue mi rol, y mis razones para hacer parte de *ella* son confusas. Creo que existe una maldición. Pero ahora, presten atención, porque esto no hace parte de una historia especial ni de un relato heroico. No. Estoy de nuevo en mi hogar, como hace más de catorce años, cuando decidí partir abandonándolo todo, hasta la vida misma.

Hace tiempo, en medio de la madrugada, tras levantarme sin reconocer en dónde estaba, sin saber con certeza si aún pertenecía al mundo de los vivos, una especie de espasmo recorrió mi cuerpo desde la parte baja de mi espina, hasta salir por su antípoda en forma de gota.

El presente crea una abstracción. Imagino la forma de un globo y allí me encuentro, porque entonces las emociones colmaron mi cuerpo, y eso me quitaba el control. Empuñaba mi fusil como un oficio más, como el filo imparcial de una hoz, mientras los años se hacían más pesados y mi familia más lejana y mis emociones algo más que indiferentes. Luego la vida se transformó en caos, y mis razones para hacer parte de *ella* se elevaron, huyeron; el pensamiento distanciado de las circunstancias, las motivaciones de semejante aberración escapando por entre los intersticios, como el humo danzante que salía por la boca de mi fusil tras haber disparado y justo después de matar.

Para vivir después de la guerra se necesita de algo más que un manual y unas cuantas horas de charla con un terapeuta. Hay miles y miles de páginas que hablan sobre *ella*, sobre cómo regresar, pero nunca son suficientes. No lo son porque, a pesar de ver cómo la sangre escurría, a pesar de las explosiones y del dolor fingido en los pasajes literarios, no logro encontrar algo similar a lo que a mí —justamente a mí— me ocurrió. Me ocurre. Porque después de haber apuntado para matar, mi vida se ha convertido en algo inverosímil. Porque mientras respiraba y alineaba el alza y poste de mira de mi fusil, la vida y la muerte bailaban entre sí y, sin embargo, después de haber apretado el disparador, la una se despedía para siempre de la otra, mientras que yo me desvanecía en una tortuosa y agitada respiración, mientras una imagen se marcaba en mi cabeza. Una que nunca se desprenderá a pesar del paso del tiempo, a pesar de la paz, a pesar de la muerte.

Ahora camino sin rumbo, y la vida parece perder su sentido. Estoy de nuevo en casa, de pie sobre un largo pasillo y, al fondo, un espejo. Allí, donde solía reconocer quién era antes de haber partido hacia *ella*. Fue en ese lugar en donde pasé mi infancia, junto al trozo de vidrio que me vio caminar y crecer. El mismo al que solía hablarle. Ahora estoy

frente a la imagen de un espejo que carece de algo, como si una parte de mi esencia hubiese escapado, o algunas formas de mi pensamiento. En este sitio los objetos permanecen en su lugar, sin embargo, todo luce diferente. Hay un manto sobre las formas que observo, pero también hay algo ajeno en mis viejos amigos, algo distinto en mi madre y algo que no reconozco en mi padre. No sé qué ocurre, nada es igual. Quisiera llorar, pero mis lágrimas carecen de emoción. Siento lástima de mí, porque debo fingir y parecer de nuevo lo que antes solía ser: un niño, un ser humano, a fin de cuentas, alguien como usted. Entonces ¿cómo regresar a la vida después de *ella*? Tal vez se trata de caminar e intentar olvidar la palabra “enemigo”; tal vez se trata de esforzarme en no volver a cerrar los ojos para permanecer con ustedes y no junto a mis recuerdos; o, tal vez, hacer como si nada hubiese ocurrido y nunca hubiese disparado un fusil, y nadie hubiese pisado una mina y nadie hubiese muerto. Ahora escucho palabras tiernas y aullidos, como si el pensamiento multiplicara una idea arraigada hasta convertirla en un nuevo mundo: uno dual, uno al que mis ojos ven, otro en el que escribo versos y formas rústicas que buscan ser algo más que ideas y un poco menos que aberraciones.

*Y sus amplias bocanadas,
Símbolo de todo aquello terrenal.
No hubo perdón divino,
La guerra ha tomado sus pertenencias.*

*Pensamientos inocentes han cesado,
Violencia inmanente e imbricada.
Ahora huyan ustedes,
Porque a la guerra todo pertenece.*

*Porque jamás regresamos,
De aquel recuerdo innato.
Cuando entre nuestras manos
La vida susurra adiós.*

Me hallo frente a un nuevo lugar. La calle me atormenta, la guerra continúa, siento que alguien sigue mis pasos. Hay espectros escabulléndose en las esquinas; todo es verdadero y puedo sentirlo a pesar de que no haya testigos, a pesar de las risas que me encuentran, a pesar de las sombras y su perfidia. Ya no hay un sentido lógico de la vida, del otro, de las partes ajenas. Ahora mis pensamientos divagan entre lo real y lo imaginario. Lo primero turba la mente, lo segundo permanece aprisionado. Quizá, de vez en cuando, se escapa de manera repentina, porque los recuerdos son intensos y se tornan líquidos, como si los muertos regresaran a la vida, la misma que yo les arrebaté, la misma que no escuché lamentar mientras la noche les apagaba los ojos bajo una luna fría e inclemente. Yo me encuentro en la ciudad.

El asfalto y los andenes son un nuevo mundo para mí: uno extraño, más allá del presente. La guerra distorsiona mi percepción. El camuflado y sus píxeles parecen impresos sobre esta piel. Todos, incluso ustedes, son ajenos y diferentes, pero no porque sean desconocidos. Simplemente por no ser mis enemigos. Ustedes y los otros se convierten en individuos, en *sujetos* a quienes no puedo disparar, tal vez porque sus ojos —los suyos— se aferran a la vida. Ahora todos pierden su condición; la de humanos y enemigos, porque a pesar de no usar uniforme camuflado, la razón me transporta a un momento, uno en donde no hay nadie más: al justo instante en donde otro me dispara. Todo ha cambiado para mí mientras intento vivir de nuevo, mientras camino y respiro aquí, en la ciudad.

El oxígeno y la pestilencia adorna las calles. Recuerdo el aroma del páramo y la humedad de la selva. Sin embargo, los olores de la guerra se escapan cuando transito la ciudad, así como cuando levanto la vista hacia las nubes y pareciera que todo carece de esencia, como si cada cosa tuviera un ritmo propio para avanzar. En este lugar, una especie de orden moviliza la existencia y su devenir; las personas siguen hilos finitos e invisibles para llegar de un punto a otro; los vehículos aceleran, pitan, y sus conductores gritan desde las cabinas, porque deben llegar a esa meta establecida. Pareciera que todos poseen cronómetros personales para cumplir con sus destinos; aquí no hay lugar para la contemplación, ¡vaya

ironía! *Ella* lo ha cambiado todo, porque allá, mientras que las tardes se convertían en zozobra, la incertidumbre y la lentitud lo colmaban todo: el terror y los instantes en los que la luna, escondida entre las nubes, transformaba el más sublime suspiro en una terrible pesadilla. Ahora soy consciente de ello, a medida que pasan los días y mis cicatrices se hacen más duras y menos sensibles. Intento olvidarla, removerla.

Sucedió en una tarde, cuando alguien me preguntó por la hora mientras iba caminando. Mis músculos se tensaron, y un estado de pánico interno alertó y resaltó las arrugas pronunciadas de un ceño habituado a fruncir antes de matar. No sabía qué responder, eran las tres y quince de la tarde. Lo sé porque en mi mente guardo la imagen de las manecillas del reloj, ubicadas de la misma forma el día en que un helicóptero se posó sobre nosotros para arremeter contra aquellos que nos dispararon —por supuesto, porque eso no se olvida—. Sin embargo, y a pesar de que esta memoria sea insustancial, sepan que este mínimo relato ocurrió en una tarde sin guerra.

En otra ocasión, los sucesos ocurrieron de noche: una en la que los disparos iluminaron mi rostro, y tiempo después en otra: cuando las luces de las callejuelas encendieron mi camino a casa. Y así, mientras caminaba y pensaba en por qué la guerra me divertía y no me era posible hallar una repuesta, observaba a la ciudad: la misma en la que la vida se torna monótona. En *ella*, y después de cada combate, todo parecía apaciguarse, y el supuesto valor de encontrarse vivo, regresaba solo cuando el peligro y la adrenalina de un nuevo enfrentamiento me hacía recordar que todo podía acabar en cualquier instante. Ahora, en esta nueva vida, todo transcurre de manera lenta, sin ardor y sin aviso que me indique para qué se vive después. Ahora camino y espero la estela de luces y humo de los carros frente a mí, de un rumbo a otro, de acá para allá.

Son particulares las noches en la ciudad, especialmente en aquellas en que el ruido proviene de bares, de algún prostíbulo y restaurantes familiares. En esa oscuridad, las personas parecieran buscar un alivio de un destino inexorable. Deseo embriagarme, sentir el paso de las drogas por

mi torrente sanguíneo; deseo borrar mis recuerdos de manera temporal. Para ello tengo estas noches en las que puedo caminar sin rumbo, como una botella puesta a girar sin razón alguna, sin motivo para detenerse, igual que el susurro del viento. Igual que la guerra.

*Porque nueva es la ciudad,
Ahora busco un lugar de descanso.
Suelo caminar entre las calles,
En la guerra conocí el alivio.*

*Y en sus altos edificios,
Todo ocaso luce artificial.
Las nubes nunca mienten,
Todos lucen cabizbajos.*

*Parece crepitar la noche,
Cobran vida los intersticios.
Imágenes difusas colman los sentidos,
Es inercia la virtud.*

Poco a poco lo fui aprendiendo. La guerra cauterizó algunas partes de mi cuerpo y unas cuantas emociones. Todo es claro ahora, porque la paranoia excede la razón y sobreestima cualquier posibilidad. Casa, un lugar acorazado, mi bunker, un lugar seguro para resguardarme. Cada recuerdo, un milímetro más de concreto para estar separado de una nueva realidad, pero al mismo tiempo para saber que el paso de los años, dentro de mis pensamientos, no discurre con el compás del péndulo de un reloj. Todo es ajeno por fuera, sin embargo, creo que el peligro se encuentra allá, afuera de estos muros y, a pesar de ello, me siento confundido, porque cada parte de esta construcción me transporta al pasado. Recreo imágenes a partir de cosas que nunca ocurrieron, pero pudieron haberlo hecho. Hay algo de verdad en ello; todo es extraño; puedo morir y vivir al mismo tiempo; tal vez una muerte indigna me hubiese transportado a un mejor lugar.

Tal vez mi razón se ha resguardado en casa, en los remanentes de las madrugadas y la helada brisa que baja por entre las colinas; por esas mismas en las que, años atrás, la guerra llegó por primera vez. Ahora, este lugar convertido en tótem es una señal de descanso, y aquí debo refugiarme del bucle del que nadie escapa: de *ella*. Y a pesar de esta imposibilidad, de no poder alejarme y exiliarme, puedo afirmar que aún siento el cálido regazo de madre y la justa voz de padre. Hoy, más de treinta años después, sigo recordando a la razón voluble, esa misma que hoy reconstruye mis ideas con imágenes sin sentido, estertores, noches sin estrellas, sin nubes, sin luna, como si la oscuridad perteneciera a la locura. Sin embargo, aquí, entre estas cuatro paredes, recuerdo lo que jamás debo olvidar para mantener la cordura, sin importar cuantas veces yerre, sin importar cuantos hayan caído junto a mí, sin importar las vidas interrumpidas por mi voluntad. En este lugar no existe la noche, porque las luces no pueden despedirse de mí, porque después de haber regresado, un astro imaginario debe iluminarme para poder saber quién soy o, al menos, para saber quién fui.

Yo le llamo casa, y físicamente conserva sus formas. Cada rincón, cada escalón permanecen intactos, pero los residuos de la guerra dan un nuevo significado a cada uno de esos espacios, porque en cada uno de ellos mis muertos logran esconderse; cada ladrillo se ha transformado en un recuerdo de formas intensas. Este sitio luce igual, todo inexplicablemente rígido, como si el tiempo nunca hubiese pasado por aquí. Sin embargo, hui buscando una respuesta, pero he sido condenado y maldito, porque algo indica que todos los que aquí nacimos debemos padecer y expiar una cuenta pendiente y ajena.

Años después, tras reconocer que soy un asesino, pero también un cadáver, puedo afirmar que la guerra cumplió una función. Una que implantó con la fuerza de la costumbre una semilla de odio que, poco a poco, extendió sus raíces en un terreno que contenía la fuerza de una hojarasca, la misma que, en otros lugares, y hace unas cuantas décadas atrás, arrasó con estirpes condenadas en este piso hozado y fértil, que a fin de cuentas se encontraba corrupto desde sus cimientos. Tal como

el agua que alimenta a la tierra sedienta, el odio fue capaz de diseminar, en mi supuesta razón, un paliativo para creer que *ella* podía solucionarlo todo. Sin embargo, lo confieso, soy peor y aún más culpable, porque nunca fui obligado, a diferencia de mis antiguos enemigos, quienes fueron engañados para hacer parte de aquello que es más grande que nosotros. Ellos no tuvieron la oportunidad de elegir, no como yo, que obnubilado con juvenil impulso, partí rumbo hacia una maldición, una que todo lo ha cambiado. A diferencia de mis contrarios, yo estoy de nuevo en casa, y todos los objetos mantienen su orden. En cuanto a madre y padre, sus rostros tienen más arrugas y sus abrazos son más cálidos, pero hay algo en su mirada, lo sé, porque me observan diferente, como si algo me hiciera falta. Y por más que desee olvidarla, *ella* me insiste, porque pareciera no importarles el pasado, ni mis intentos por olvidarla. Mientras intento dormir, *ella* me respira cerca, me susurra, me indica que regrese para ser de nuevo singularidad, para estar vinculados y ser nuevamente uno.

Siendo un niño partí hacia la guerra. Ahora soy un visitante. Casa, hogar, como le quieran llamar, dejó de ser lo mismo. No porque el tiempo haya agrietado sus bases, no por haber disparado con intención de asesinar, y tal vez por haberlo hecho. Ahora lo sé, porque el tiempo y la razón se han transformado en fenómenos difusos; porque la cordura trastabilla entre los días pasados, presentes y futuros; porque las lágrimas han dejado de mojar mis pómulos, y por aquella mirada errática que se refleja en el espejo.

*Allende las montañas,
La razón se esconde sin temor.
Después de la guerra,
No queda nada más.*

*Disparos evanescentes,
Nunca fueron olvidados;
En casa ya no están,
Epitafios inmortales.*

*Recuerdo de la razón,
En casa hallé el alivio;
El juicio y la locura,
Todo acaba para mí.*

Soy una abyección e intento ser alguien, pero también soy un paria más, otro rechazado como todo el que regresa de *ella* y se condena al ostracismo. Ahora no encuentro un lugar para mí. La guerra me ha transformado en un ser ajeno para ustedes y para esa sociedad que transita de un lugar a otro, porque, tal como lo hice cuando *ella* lo exigió, mientras huía de mi enemigo, mientras los perseguía, aprendí, como si fuera un arte, la habilidad de matar. Sí, ahora mis manos poseen máculas de sangre que ustedes no pueden ver, pero que dejan un pequeño rastro en el aire, en la vida. Como si una estela persiguiera a todos los que hicimos parte de *ella*. Soy y somos un residuo que no tiene espacio en este mundo, y ahora no sé cómo empezar de nuevo. Parece que el suicidio es una buena salida, porque después de *ella*, la vida carece de sentido, los días parecen pesadillas. En las noches me preparo para estar en guardia; la guerra invade mi torrente sanguíneo como un metal pesado. A pesar de estar en casa, el recuerdo no se extingue.

Después de la guerra, la vida se transforma en pasado, presente y futuro. Nunca se regresa de *ella*, como el agua de río que sigue un curso natural hasta desembocar en corrientes ajenas que hacen parte de un nuevo ciclo. Jamás se retorna al estado inicial, no es posible para nosotros, cadáveres y asesinos, porque los recuerdos, acciones y pensamientos se adelantan al punto culmen del hecho consumado. Convivimos en una maldición que no tiene otro nombre más que la vida misma, porque a pesar de haber elegido, porque a pesar de haber sido obligados, nada podrá saciar o calmar el deseo de ser lo que solíamos ser antes de *ella*.

Y como ocurre en la guerra, donde todo pierde su razón, vivir después de *ella*, consiste en una perenne reiteración de recuerdos abyectos; en el efecto circular del paso de los días y los años; en tomar conciencia de haber perdido algo sin saber qué ha sido, y a pesar de ello continuar.

Mala suerte significa no haber muerto, porque ahora estoy condenado en vida, porque ahora tengo que sobrevivir, a pesar de mí, tras haberme encontrado con *ella*.

*¿Y Quién podrá aceptarnos?
Ahora no sé en dónde estoy,
Ya no hay nada,
No hay nada más allá.*

*Y tal como en este día,
Justo como aquella noche;
Todo luce igual, y ustedes.
Mi guerra*

GUSTAVO URREGO GRUESO

La cura

¿A vos no te parece que Cali tiene clima de mujer? Impredecible. A veces salgo temprano en la mañana, en medio de un aguacero, con chaqueta y sombrilla, y al medio día el sol te aplasta, insoportable. Pero a las cuatro de la tarde, cuando menos te lo esperás, baja una brisa de los Farallones y es un alivio estar en la calle. La brisa despeina a los hombres y le levanta la falda a las mujeres en esta ciudad: una ciudad rumbera, de golpe de salsa. Vos sabés que a mí la buena melodía me hace olvidar todo. Esperá me tomo un sorbo y te explico para que te llamé; esto a palo seco no me sale. Hace como tres semanas me engomé toda la noche navegando por internet. Primero me puse a buscar textos de apoyo para un trabajo de la U, pero a los quince minutos ya estaba chismoseando en el Instagram del Mindo, viendo el video del último escándalo, y claro, echándole gafa a esa página porno que me recomendaste. Tenía que madrugar a la clase del profe Mondragón, cuya norma es cerrar la puerta a las ocho en punto, así que me desperté a las siete, qué digo: el despertador me sacudió diez minutos antes, y cuando bajé a las carreras a desayunar, no te alcanzás a imaginar con lo que me encontré: mi viejo estaba enfermo, es algo con las piernas débiles, le cuesta caminar. Me impresioné mucho porque no ha cumplido los sesenta, es cierto que toma pastillas para la presión y está gordo, pero como lo vi está pailas, es el físico deterioro. Para mí, enfermedad es levantarse al otro día después de una noche de rumba iniciada con cerveza, seguida con ron y terminada con tequila; es estar

con la cabeza grande, como hinchada de agua, creyendo que el mundo se va para el carajo en la próxima media hora. Pero no poder caminar, hermano, eso es otra vaina. Imagínate sin poder correr, sin poder jugar fútbol o montar bicicleta. Muy tenaz la vida sin piernas. Yo no pienso mucho en la salud. Para mí es normal tener un cuerpo sano, creer que no te va a pasar nada. ¿Te acordás de las barbaridades que hacíamos? De esa vez que subimos una escalera toda traqueteada para bajar del techo el balón de Tavo, o de la noche que volvimos turros de una fiesta en Tuluá en una Yamaha 125, y no nos matamos de milagro.

Mi papá ya no hace esas pendejadas, pero sí que las hizo cuando estaba joven. Recuerdo que lo acompañaba a la casa de un tío que abría una cantina los fines de semana en la parte delantera de la casa, y mientras ellos tomaban aguardiente y escuchaban música, yo jugaba en un cuarto de atrás con mis primos. Luego, bien tarde en la noche volvíamos a la casa abrazados para evitar que él perdiera el equilibrio, siguiendo sus recomendaciones de caminar derechitos para que los ladrones no fueran a pensar que estábamos borrachos. No te riás, pendejo. Aunque soy el mayor de los hijos, en esa época era un peladito de apenas diez años.

Me rio porque me acordé de mi papá caminando turulato cuando se emborrachaba.

Mi viejo no era muy expresivo, más bien al contrario, pero me imagino que intentaba equilibrar tantas cagadas que hacía, no solo comprándole flores a mi mamá, sino teniendo detalles calidosos con sus hijos. A mí me llevaba al cine, a las vespertinas donde proyectaban dos películas en rotativo. Eran unos cines chichipatos en el centro, no como los de ahora en los centros comerciales. Nunca se me va olvidar la primera vez que fuimos al Calima, porque era diciembre, y después de hacer una fila bajo un sol espantoso, entramos a una sala oscura a golpearlos con las sillas y a tocar los bultos de la gente mientras buscábamos dos puestos vacíos, y cuando por fin nos sentamos, el ruido del proyector me hizo creer que de pronto había empezado a llover. Para que veás que yo hablo con base, ya entonces pensaba que Cali tiene clima de mujer. Casi siempre entrábamos cuando había empezado la

primera película, y por eso yo no entendía un culo. La segunda película sí la entendía bien, lo que hizo reír a Luis Ospina cuando, años después, le conté que tenía una vasta cultura cinematográfica de películas empezadas a la mitad. De niño me gustaba acompañar a mi viejo. En ese momento éramos los hombres de la casa, con él me sentía seguro. No era de los que se derriten en caricias, pero me quería a su manera. Él sabía lo que yo necesitaba sin necesidad de decírselo, ahora me duele verlo sin poder caminar, porque una cosa es que sea hipertenso, algo que no se ve, y otra que este tullido. Bueno, ahora que lo pienso, nunca lo vi afectuoso con mi mamá, nada de picos al irse o al volver a casa, nada de abrazos, solo las flores cuando le tocaba salir de una embarrada. Conmigo recuerdo el beso que nos daba los 31 de diciembre a las doce de la noche, me raspaba la mejilla con esa barba de cinco días.

—Pero a vos siquiera te daban un beso el 31. Mi papá a las doce ya estaba borracho y no sabía de dónde era vecino.

Mi viejo suplía con el trabajo el no ser afectuoso. Para él querernos era trabajar como una mula. Se fue quedando sin fuerzas y enfermo del corazón, al punto de que ya no puede ir del cuarto a la sala sin arrastrar las piernas. Al principio no le dimos importancia a su enfermedad. Yo pensé que eran ganas de joder, pero nada que mejoraba. Todo lo contrario, caminaba lento como esos trenes de juguete que se van quedando sin batería. Ni los remedios caseros, ni las recetas de la abuela, ni consejos de amigos lograron mejoría. En reunión con mi mamá y mi hermana, les dije, pilas, el viejo en vez de mejorar va de para atrás, hay que llevarlo al médico. Parecía algo grave. Mi mamá lo acompañó a la consulta médica, le hicieron estudios en las piernas. Ni mierda. Todos los exámenes salieron normales. Nosotros pusimos la misma cara de pelota que vos. Los médicos tampoco sabían y le colgaron un diagnóstico reconociendo su ignorancia: es idiopático dijeron, una paraparesia idiopática.

—¿Eso tiene cura?

—No sé. Si no saben los médicos...

—No sé, pero contarte estas vainas me está dando filo. Aquí enseguida venden unos aborrajados y unas empanadas con ají que saben ¡humm! Una delicia. Yo te invito
—Hágale, que este rollo me contagió el hambre.

Volviendo al cuento, vos conocés a mi viejo, que no es porque sea mi viejo, pero tenía su porte, así blanco, de cabello ondulado, nariz aguileña, mentón partido y mirada calmada. Aclaro, tenía su porte cuando joven, ahora no lo reconocerías. Volvió de donde los médicos con los ojos apagados, caminado como en medio de arena movediza. Debe ser duro para él. ¿Te acordás lo activo que era y de cómo organizaba a los vecinos? En esos tiempos paraba poco en la casa, se mantenía en reuniones con la junta de acción comunal, con la alcaldía, incluso en las noches y algunos fines de semana. Mi mamá lo justificaba porque mi papá era una persona importante, pero yo resentía su ausencia. Cada vez jugábamos menos, hablábamos poco, y al llegar a la adolescencia no estuvo cerca para aclarar las dudas que terminé resolviendo con los amigos del barrio. No me quejo, mi papá llevaba todo lo que necesitábamos en la casa, la comida, la ropa, el pago del colegio. Mi mamá también trabajaba, pero el ingreso importante era el de mi papá. Nos daba gusto, nos compraba juguetes y dulces, a veces contrariando a mi mamá. Pero los años maravillosos de mi viejo terminaron cuando yo estaba terminando el bachillerato. Lo destituyeron de su puesto en la alcaldía y no volvió a trabajar en el sector público. Una cosa tenaz. Mi cucho con cincuenta y pico de años, en la calle y sin pensión. Trató de aprovechar su experiencia, sus contactos, intentó montar negocios, pero en todos fracasó. No sé si te acordás de que un amigo suyo lo convenció de importar mercancía de China, según él, la oportunidad de hacer fortuna. Trajeron un contenedor con equipos médicos baratos. En el catálogo, esos productos se veían de muy buena calidad. Pero luego, las jeringas no aspiraban, los fonendos se desbarataban y así con todo. La mercancía no se pudo vender, ni devolver, ni hubo a quien reclamarle. Mi papá no sólo quedó con unas deudas las verracas, si no

que nunca volvió a ser el mismo. Para él fue duro, pero para nosotros fue un karatazo. Nos tocó adaptarnos a vivir con el sueldo de mi mamá y luego con esa pensión tan pichurria que le dieron. Entre semana mi hermana y yo conseguíamos unas monitorias pagadas en la biblioteca de la universidad, y los fines de semana meseréabamos en restaurantes.

—Lo que yo he hecho toda mi vida.

Desde entonces mi viejo se apagó. En la casa hablábamos de los gastos con mi mamá, ella hacía las cuentas y él se limitaba a torcer la boca y a elevar las cejas cuando la plata no alcanzaba. Por eso nos sorprendió una tarde cuando dijo que por fin se acabaría nuestro suplicio. Yo me aletí, ¡pero como así!, dije, ¿alguien me puede explicar por qué necesita quince millones de pesos para curarse? Mi mamá nos silenció moviendo las manos abiertas: mire mijo, yo le explico: un amigo de su papá le habló de un sanador experto en enfermedades incurables. Lo visitamos el martes pasado y su papá salió muy animado porque le dijo que volvería a caminar en tres o cuatro semanas, pero nos advirtió que la terapia es costosa pero efectiva. Con mi hermana nos miramos sin saber que decir. A mi la cosa me olía mal, pero viendo a mi papá con la cabeza baja me entró una sensación de lástima. No pregunté más y nos pusimos a llorar. No abrí la boca cuando mamá dijo que iba a pedir un préstamo al banco, y luego todo se volvió un misterio. Por las noches mi hermana y yo oíamos a mis papás alegando en voz baja. Yo estaba mosca para meterme por si escuchaba golpes, pero pronto nos dimos cuenta de que era algo distinto. Vos sabés que en mi casa las paredes son muy gruesas, aquí en Colseguros las construcciones son una chimba, nadie se ahorra en materiales. Solo podíamos escuchar una que otra palabra, que el tratamiento, que la seguridad, que wachuwey. Mi mamá era la que más hablaba, daba cantaleta hasta que el viejo le reviraba dos o tres cosas y ahí terminaba el alegato. Respirar se volvió pesado, yo me quedaba en la universidad aunque no tuviera clases, y llegaba a la casa cuando todos estaban dormidos. Evitaba encontrarme con mi mamá y mucho menos con mi papá. Una tarde se armó un tierrero afuera de

la universidad, se alborotaron los capuchos y llegó el ESMAD. Me fui temprano a la casa. ¿y que veo apenas abro la puerta? Un maletín en el pasillo y encima la vieja levantadora de mi papá. Me imaginé lo peor. Que se estaba muriendo en el hospital y esa ropa se la llevaba mi mamá. De pronto escuché pasos en el piso de arriba y me desubiqué: mi papá estaba cantando, marica. Era la misma guaracha que berreaba a pulmón partido cuando se pegaba esas borracheras en la cantina de mi tío. Me alegré con el ritmo, pero luego salieron insultos desafinados en boca de mi mamá, seguidos de azotón de puerta. Mi viejo no se arrugó, continuó cantando con su voz impostada de Daniel Santos, bajó las gradas dando saltitos. Me saludó con una sonrisa de show, me sorprendí al verlo cantar y caminar. ¿Cuál es el secreto de tu cura? Le pregunté. Sin dejar su sonrisa me abrazó, me dio un beso en la frente y agarró su maletín.

—Algún día lo entenderás, me dijo, y se marchó.

DANIEL MOLINA DURANGO

Amazonas

“Hola, pues”, se acostumbró a decirme ella durante esos días.

“Camine, pues”.

“Vamos, pues”.

“Comamos, pues”.

Majo tenía unos diez años y una voz chillona.

La conocí una tarde en la recepción de un hotel en Leticia. Iba de la mano de su madre, una mujer crespa, muy blanca y de porte altivo, que me miró por primera vez a través de unas gafas de lentes oscuros.

Nos registraron casi que al mismo tiempo.

La recepcionista nos hizo caminar hacia el restaurante para ofrecernos un almuerzo y una caipiriña. Hacía calor y no venteaba. La vegetación que rodeaba la piscina estaba quieta. Quedamos de frente, pero en mesas separadas.

—¿Con quién viaja? —me preguntó la mujer.

—Solo —le respondí con una sonrisa, y algo de pena.

—O sea que usted también es separado —interrumpió la niña.

La mujer se sonrojó y le dijo que uno no andaba por ahí preguntándole esas cosas a la gente. Se quitó las gafas. Me pidió disculpas.

No les expliqué que necesitaba alejarme de Cali, que tenía una crisis existencial severa, que quería encontrar algo que todavía no sabía qué era y que no quería lidiar con nadie, mucho menos con una niñita preguntona.

—No pasa nada —le dije a la mujer. —Me encanta viajar solo y hace rato quería venir a conocer.

Me levanté de la mesa y fui a la habitación. Prendí el aire acondicionado y me duché para quitarme esa sensación de piel pegajosa. Me puse una camiseta blanca y salí a conocer la ciudad o, más bien, el pueblito. Las crisis personales se disipan mientras uno camina.

Me las encontré en una esquina.

—Mamá, vea, el del almuerzo —le gritó la niña a la mujer.
—Majo, ya te dije que no seás así de confianzuda. Qué pena.

Las saludé con una sonrisa fingida.

—Usted para dónde va —me preguntó la mujer.
—A la plazoleta, a ver la manada de loros al atardecer. Dicen que es brutal —le contesté.
—Ay, ¿nos le podemos pegar?

Maldije mi suerte. Había viajado muchas horas para estar solo, y de repente me vi de paseo por las calurosas y angostas calles de Leticia con una mujer y una niña que probablemente nunca más iba a volver a ver.

La mujer me pedía reiteradamente que le tomara fotos. Casi se enloquece cuando llegamos a la plaza y vimos en un estanque esas inmensas plantas ovaladas que uno ve en los folletos que promocionan el viaje al Amazonas.

La niña me miraba de reojo todo el tiempo, pese a mis intentos de ser distante.

En la plazoleta había una iglesia blanca como una perla, donde dejaban entrar a los turistas para que subieran hasta la parte más alta y vieran cómo miles de loros empezaban a llegar desde la selva para pasar la noche en los árboles.

Me aparté de ellas. Les di la espalda y me quedé contemplando el atardecer anaranjado; el más bonito que vi o que veré en todas mis vidas hasta ahora. El inmenso río Amazonas se divisaba a lo lejos como una especie de espejismo. Empecé a llorar y, mientras escuchaba el aleteo de los loros, me olvidé de todo.

Alguien me tocó el hombro. Era la mujer.

—Mira la foto que te tomé —me dijo.

Me mostró su cámara y ahí estaba yo, de espaldas, mirando al cielo, al infinito, más allá de los loros, más allá del río y de esas nubes melancólicas.

“Venga, pues”, se atrevió a decirme la niña cuando empezó a anochecer y había que regresar al hotel.

“Siéntese, pues”, me dijo al otro día cuando vio que tenía el plato del desayuno en la mano y estaba buscando una mesa que estuviera sola.

“Alístese, pues”, me gritó cuando de la recepción avisaron que ya nos íbamos de excursión todo el día.

“Póngase el chaleco, pues” me dijo cuando nos montamos en la lancha y comenzamos el recorrido por el inmenso Río Amazonas.

“Camine, pues”, me insistió mientras andábamos por las calles sin autos de Puerto Nariño.

“Tome la foto, pues”, me dijo en la Isla de los Micos, cuando unos tres monitos se abalanzaron sobre sus pequeños hombros y su cabecita.

“Préstelas, pues”, me dijo cuando me estaba sacando las medias largas que había llevado para dárselas a la mujer, víctima de los zancudos.

Llegamos al hotel en la noche, justo cuando había un show en la piscina con un chamán.

Nos sentamos a verlo.

Majo se me acercó al oído y me contó un chiste vulgar que le había enseñado una de sus compañeritas del colegio.

Me reí.

La mujer preguntó que por qué me estaba riendo. No le contesté.

—¿Por qué me ocultan cosas? —dijo.

Me sentí raro con esa familiaridad.

Nos quedamos hablando.

La mujer me contó que venía de Villavicencio.

Que era madre soltera.

Que viajaba con Majo.

Que trabajaba en un call center.

Que estaba de vacaciones.

Majo se durmió.

Seguimos hablando.

El azul intenso de la piscina nos daba en el rostro.

Se hizo muy tarde.

Ella cargó a Majo.

Las acompañé hasta la habitación.

Fui a dormir.

Al día siguiente alguien tocó mi puerta.

Eran ambas, arregladas y con el equipaje en el suelo.

La mujer me devolvió las medias.

Me dio las gracias.

Majo corrió y me dio un abrazo.

Y yo sentí que había encontrado algo, aunque tampoco supe qué era.

Las vi partir en medio del sol mañanero.

Majo se detuvo y se devolvió.

Corrió nuevamente hacia mí.

—Qué pasó —le pregunté con ternura.

—“Chao, pues” —me contestó.

02.

Género epistolar



DUELOS POR CORRESPONDENCIA • **XIOMARA V. SUESCÚN**

CARTA A UNA SOMBRA • **BEATRIZ CARRETERO**

XIOMARA V. **SUESCÚN GARAY**

Duelos por correspondencia

I

Emilia:

¿Te quedarías,
si tu nombre creara una escalera?

Emitir
Empezar
Emanar
Emoción
Emerger
Emulsión
Embellecer

¿Te
que
da
rías?

Empacar
Embarcar
Emigrar
Empuñar
Embalsamar

II

Alejandro lloraba, desconsolado. Era mi mejor amigo, y yo sentía que sus lágrimas me ahogaban, me impedían asir las palabras correctas para consolarlo. Mi garganta se había cerrado; apenas podía respirar mientras lo abrazaba en silencio. ¿Qué podía decir en un momento así? ¿Cuáles eran las palabras apropiadas? Al principio no era muy clara la imagen del lugar en el que estábamos, pero vi entrar un ataúd y supe que era una funeraria. Su mamá yacía muerta en el féretro. Escuché a lo lejos que alguien decía mi nombre. No sé cuántas veces resonó, pero cada llamado se sentía más cerca. Desperté. Era mi mamá llamándome para desayunar con ella. Era el segundo domingo de diciembre, y nuestro itinerario auguraba tomar el desayuno, bañarnos, organizarnos, e ir a visitar a Emilia a su casa en el barrio Santa Rosa, en el centro de la ciudad. Emilia había sido mi nana muchos años, y esos últimos meses había tenido problemas de salud; llevaba hospitalizada un mes. Nosotras no habíamos podido ir a verla por atender la enfermedad de mi abuelo, quien por esos días se había agravado y no vivía en la ciudad. Viajábamos cada vez que podíamos a su pueblo.

Ese domingo, por fin, estaríamos con Emilia. Sin embargo, cuando terminábamos de desayunar el menú invariable de la familia, huevos con arepa y chocolate, sonó el teléfono. Yo contesté, era Blanca, una prima de mi mamá. Me dijo que por favor lo tomara con calma. Que mi abuelo acababa de morir. Mencionó que lo velarían en el pueblo, pero lo enterrarían en la ciudad más cercana. Yo estaba tranquila y respondí solo en monosílabos. Cuando colgué el teléfono, mi mamá lo había entendido. Yo solo dije: el abuelo. No pudimos terminar de tomar el chocolate. Recordé lo que acababa de soñar y me sorprendió. Sentía muy vívida la emoción de tristeza por la muerte de la mamá de mi mejor amigo. Hicimos las maletas. Una semana atrás me había obsesionado por comprar una blusa blanca de algodón con encajes en el hombro izquierdo, y la empaqué. En ese momento pensé que prefería enterrar a mis seres queridos de blanco.

Mi abuelo era muy importante en mi vida. Tal vez la única figura paterna que valía la pena. Era un hombre en el que se podía confiar. Recogimos los platos y los llevamos a la cocina. Ninguna quiso lavarlos. Cerramos las ventanas de la casa y nos fuimos en el carro de mi mamá rumbo al pueblo de mis abuelos. Durante el trayecto empezamos a hablar de los trámites con la EPS y la funeraria, de cómo tocaría organizar el hoyo en el cementerio para que cupiera su cuerpo, pues en el fondo estaban otros dos familiares. Había que organizar las flores que se acomodarían en la misa y en la funeraria, alguna tía debía llamar al sacerdote que la familia quería que presidiera el rito católico. Ellas debían terminar de avisar a todos los amigos y familiares lejanos y, por supuesto, tenían que definir con mi abuela con qué camisa, pantalón y medias prepararían a mi abuelo para su debut de muerto.

Llegamos a la una de la tarde a Caicedonia. 30 grados centígrados sobre nuestras cabezas. Descargamos las maletas en la casa de los abuelos y almorzamos un caldo de pollo, de esos que se preparan para combatir resacas. Mi abuelo ya no estaba allí. Lo estaban preparando en la funeraria. Algunas de mis tías empezaron a llegar a la casa y se abrazaban con mi mamá. Era el saludo de la pérdida: silencioso, cálido, resignado y lento, como se vuelve el tiempo cuando alguien cercano acaba de morir. Luego, el ritual de rememoración de las últimas horas al aire del difunto. Cada una de las tías compartía su versión sobre cómo él había dejado de hablar en los últimos días. Cómo le brillaban los ojos cuando cada una de sus hijas intentaba alimentarlo, cómo esa madrugada había derramado una lágrima, dejó entrever una sonrisa y expiró al frente de ellas mientras, en unos segundos eternos, eran testigo de la despedida de su padre que, al menos, parecía no sufrir al despojarse de su existencia y lucía tranquilo al emprender el viaje eterno. Toda la familia estaba conmovida. Sabíamos que era el fin de una era, pero no había drama en el ambiente.

Mi abuela parecía estar en calma, apoyada en sus hijas para resolver la logística administrativa y financiera de la muerte. Nos avisaron que podíamos ir a esperar la llegada del abuelo a la funeraria. En la habi-

tación que era suya, contigua a la sala y al balcón de la casa, presencié la discusión entre mi abuela y dos de mis tías sobre la ropa que se había elegido para él. Una de mis tías pensaba que era mejor que hubiera usado una de sus camisas favoritas. Otra tía pensaba que debía usar una camisa negra y supe que, en cambio, estaría estrenando una camisa blanca que le había llevado su cuñada hacía seis meses al regresar de un viaje por Estados Unidos, decisión tomada por mi abuela. Me gustó que los dos estuviéramos de blanco.

Al cabo de unas cuantas horas, la funeraria estaba repleta de gente que yo no conocía. Los velorios son momentos intensos de socialización, de reencuentros y de bipolaridad emocional. En unos instantes te sientes profundamente triste y al rato estás sonriendo o riendo a carcajadas. Eso nos pasó a nosotros ese día durante las doce horas de velación. Mi abuela estaba sentada como una matrona a un costado del salón, rodeada por su descendencia. En fila tímida y respetuosa, se acercaban familiares lejanos, amistades, conocidos y habitantes del pueblo y los corregimientos aledaños, a ofrecer sus palabras de lo que llaman condolencias. Se trata de expresar al otro que su dolor no lo habita solo a él, que otros pueden compartirlo desde un principio de empatía que se extiende, a veces, hasta el instante en que se termina de pronunciar la frase de solidaridad. A veces dura una semana y, en muy pocos casos, la condolencia se extiende hasta que el otro realmente avanza en la elaboración de su duelo. Mi abuela apoyaba sus dos manos en el bastón de madera, empuñaba un pañuelo en una de ellas, lloraba muy poco, pero su rostro denotaba un vacío que, sabíamos, nadie podría consolar jamás. Mis primos y yo entrábamos y salíamos de la funeraria constantemente. Nos poníamos al día de los últimos acontecimientos personales, banalidades de la época adolescente y universitaria. Luego pensábamos en lo difícil que sería el futuro para mi abuela, y luego regresábamos a nuestras historias ligeras. Mis tías recibían a los invitados con expresiones de tristeza. Se veían abrazos, condolencias sinceras y fingidas. Arribaban arreglos florales multicolores que creaban una atmósfera menos traumática.

En la noche, mis tías se llevaron a la abuela para la casa, pues debía descansar. Dos de mis seis tías se quedaron con nosotros, los nietos, vigilantes en la última noche tan cerca al abuelo. Mis primos y yo rodeamos el féretro y oramos, a nuestra manera, tratando de seguir los códigos sagrados de los rituales católicos. Entonamos un rosario como le gustaría a la abuela, nos reímos con sutileza porque nos equivocábamos en el orden o en las repeticiones de los mantras de los misterios gozosos. Al terminar nos sentamos frente al abuelo. Mis primos, los mayores, empezaron a contar historias de su infancia, cuando mi abuelo amaba estar en la finca cafetera, despepar las arvejas o las habichuelas, cortar caña de azúcar para sus nietos, enseñarles cómo ensillar las mulas o arriar las vacas, recitar retahílas y dichos interminables con palabras soeces y expresiones vulgares. Nos reíamos a carcajadas descomunales, llorábamos de la risa recordando al abuelo. Otros primos contaban cómo el abuelo era un hombre que sabía hacer silencio. Jamás refutaba a la abuela, jamás levantaba su voz ni se imponía para defender su razón. La expresaba en un tono neutral y luego se quedaba en silencio para siempre. Mientras mi abuela y las mujeres de la familia se enardecían, él lucía imperturbable, o tal vez indiferente. Nunca vimos violencia en sus formas, ni siquiera en sus silencios. Transmitía pacifismo y sabiduría. No daba peleas, no se dejaba llevar por pequeñeces cotidianas. Era como de otro planeta. Y ahí estábamos sus nietos, reaccionando en su funeral con más risas que llanto. Mis tías nos escuchaban y trataban de hacernos gestos de regaño, porque las risotadas les parecían irrespetuosas. Pero éramos trece personas imposibles de opacar. El abuelo era nuestro patriarca y ninguno de nosotros se parecía a lo que admirábamos de su personalidad.

En la mañana del entierro fuimos a Armenia. El lugar del abuelo estaba ubicado a unos pocos metros de la entrada del cementerio. Su lápida gris de mármol llevaba impresos los nombres de mi tío abuelo Fulvio, su cuñado, y de mi tío Leo, su primer hijo. Ese día hacía calor, el suficiente para no sentirse tan abandonados por Dios, aunque algunos familiares le reclamaran el manejo de sus tiempos y su arbitrariedad

para decidir el destino de otros. Al presenciar los palazos en el suelo, que escarbaban los cúmulos oscuros de tierra que luego se derramarían sobre el cajón de madera que resguardaba a mi abuelo, sentí que yo era esa tierra que removían y luego tiraban. Cuando vi bajar el féretro unos metros, sentí que me desprendían de él, que me lo arrebatara la profundidad del mundo para absorberlo y ocultarlo, para llevárselo sin su consentimiento y separarme de él para siempre. El llanto de la familia se unió en un lamento desesperanzado. Era real: mi abuelo estaba muerto. Lo estábamos despidiendo, lo estábamos enterrando.

Regresamos a la casa de los abuelos, de la abuela. Es difícil hablar en pasado y despojar de recuerdos y bienes a quienes consideramos que han muerto mientras pasaron toda su vida construyendo y luchando por sus cosas. Ahora la casa era de la abuela. Almorzamos sopa de pescado, un caldo somnífero perfecto para unos días de llanto y desconsuelo. Todos fuimos a hacer la siesta. Nadie ocupó la habitación de él. No sé cuánto tiempo dormí, pero antes de darme cuenta de que ya estaba despertando, empecé a oír una voz de fondo desde una habitación al final del pasillo. Esa voz provenía de la sala de la casa. Era la voz de mi mamá. Pronunciaba varias veces las palabras “velorio”, “no”, “lo siento”, “claro”. Abrí los ojos. A mi lado estaba durmiendo una prima, y en la cama de enseguida una tía con su hijo mayor. Me levanté y caminé como un zombi, giré la perilla y salí de la habitación. Caminé por el pasillo que conducía a la sala de televisión. Allí estaba mi abuela bebiendo una taza de aguapanela caliente. También estaba una prima, en silencio, y mi mamá, en la llamada telefónica. En el momento en que me vieron aparecer en la sala, mi abuela me daba la espalda. La expresión de mi mamá y mi prima mutó de la resignación al estupor. Me asusté. Mi mamá me miró con firmeza, aunque su boca temblara.

Emilia se murió.

Sentí un corte helado en el pecho. Comencé a fragmentarme lentamente. Salí de la casa de mis abuelos empujándome hacia afuera. La ropa era lo único que me contenía en una sola pieza. Era un cuerpo de

fisuras que sostenían una represa. Me había agrietado de pies a cabeza, y solo necesitaba unos minutos para empezar a inundar todo el pueblo.

Esa noche decidimos no viajar a Cali para el velorio de Emilia. Se hacía tarde y estábamos agotadas. Mi prima Lina se ofreció a conducir a primera hora del otro día. Busqué en el pueblo la flor más linda y fresca que hubiera. La puse en agua durante la noche para llevarla al otro día. En la madrugada usé la misma blusa del entierro de mi abuelo. A las 10 de la mañana era la misa de despedida. Viajamos durante tres horas. En el cementerio había flores por todos lados. Era un cementerio lindo, pensé. En la iglesia no había nadie. Habíamos llegado temprano. Preguntamos por Emilia a una oficinista. Nos dijo que llegaría pronto, que se realizaría una misa corta y que luego pasaríamos a la cremación. Nos preguntó si queríamos comprar un ramo de flores. Recordé la flor que había buscado el día anterior. Se me había quedado en Caicedonia. Sentí una decepción devastadora. Mi mamá me ofreció comprar otra. No quise. Para qué flores si no habría tumba.

Nos sentamos en la primera banca frente al cura. Llegaron sus dos hijos. Ella nunca tuvo nietos ni familia; todos se habían quedado en Argentina. Solo una señora octagenaria hacía las veces de su mejor amiga. Estaba con nosotras. Me saludó con alegría, y dijo que sabía todo sobre mí. Ya no recuerdo su nombre, aunque Emilia hablaba mucho de ella. Entró el ataúd a la iglesia. Mi mamá se posó junto a él y me convocó. No quería acercarme, pero tuve que hacerlo debido a su insistencia. La vi. Emilia, que parecía dormir, vestía una bata de flores. Su pelo gris se bufoneaba vital y abundante. En el féretro podía apreciar su tez tan blanca. Cerca de los pliegues de un rostro marchito contemplé, por unos segundos, venas azules que me condujeron a sus ojos cerrados. No resistí. Me senté a esperar a que iniciara la misa.

III

Capturas

[Cali, 15/07/07 • 09:44]

Emilia,

El primer año de tu aniversario esperaba los días 11 y 12 para hacer un ritual. Hoy lo llamo ritual. No era más que una rutina de contemplación del dolor. Solía cerrar las cortinas de la sala de la casa, esas cortinas gruesas que oscurecían el día por más soleado que estuviera. Encendía la grabadora e insertaba un disco o un cassette de vallenatos, de boleros, de tangos, derock en español o de baladas americanas. El único filtro era que las canciones fueran melancólicas. Recogía las fotos donde aparecías vos, donde estábamos las dos. Me sentaba en el piso y las distribuía en un orden distinto cada vez. A veces cronológico. A veces por tipos de eventos familiares. A veces por tipos de gestos en los que nos habían capturado con una cámara.

Eso éramos en las fotos: capturas de momentos que no existían ya. La felicidad atrapada en papel glossy. Captura tiene por antónimo la palabra liberación. Por esas fechas, las fotos eran mi apresamiento. Las veía para llorar, para lamentarme. Extendía mis piernas, mientras me iba suspendiendo de espalda ligeramente hacia atrás; apoyaba mis manos y antebrazos en la baldosa hasta estirarme por completo sobre la superficie. Acostada boca arriba, fijaba un punto en el techo blanco y rugoso. Me mareaba. Abría y cerraba los ojos. En algún momento el llanto salía, y cuando todo se recrudecía, me recogía en posición fetal hasta recuperar la calma. No quisiera preocuparte, pero es verdad.

Uno de esos meses, recordé que en mi video de quince años salías vos. Reproducirlo una y otra vez, del minuto 30 al 33, se convirtió en mi nueva rutina. Gran parte del video era y sigue siendo una vergüenza. Prefería no verlo completo por el vals, el vestido rosa pálido, la música,

las cejas depiladas, la incomodidad, tantas cosas que no era y que no soy y, a pesar de todo eso, el camarógrafo, en su lucidez, había capturado ese momento en el que llegaste a la fiesta. Yo salí corriendo a saludarte y nos abrazamos con una ternura que hoy me da cierto consuelo.

La banda sonora de ese video era “Sálvame”, de RBD. Aparecía al inicio y al final acompañando unos efectos especiales de unas rosas y una ilustración *anime* que se iba desvaneciendo en un efecto de transición, como las que uno usaba en power point. Nunca supe quién editó el video. Tampoco supe por qué se eligió esa canción y, aunque hacia afuera decía que era una basura la telenovela, me la vi completa, y esa canción, esa canción, me ayudó a profundizar esa tristeza en soledad, tal cual como dice la letra: “Extrañarte es mi necesidad. Vivo en la desesperanza. Desde que tú ya no vuelves más. Sobrevivo por pura ansiedad. Con el nudo en la garganta. Y es que no te dejo de pensar. Sálvame de la oscuridad. No me dejes caer jamás”. Qué deshonra contarte esto. Y vos que odiabas las telenovelas y que yo viera televisión. Pero eso hacía: cantar, llorarte, volver a ver el video, aferrarme a esa canción. Fue mi adicción por un buen tiempo. No puedo creer que fuera ese día la última vez. Resplandecías con tu vestido amarillo en el salón del Rancho de Jonás. Me llevaste flores canarias, La Vuelta al Mundo en 80 Días y 20.000 mil pesos.

Los mejores regalos siempre fueron los tuyos. O porque vos me los dabas se convertían en los mejores regalos. Gracias, abuelita mía.

La ICESI

[Cali, 20/02/09 • 8:24]

Emilia,

Llevo dos años estudiando Ciencia Política y Relaciones Internacionales, y me imagino nuestras conversaciones. Rajaríamos de Putin y de Uribe. Me contarías historias de la posguerra. Te hablaría de mi director de carrera y de mi decano, ambos argentinos. Uno de Buenos

Aires, el otro de Rosario. Preguntarías qué piensan mis profesores del Peronismo y del Boca para tantear si te caerían bien y si eso es espejo de estar recibiendo una buena educación. Me dirías que aprenda inglés antes que cualquier cosa. Me hablarías del último capítulo de Friends que te repetiste porque jamás dejarías de verlo. Igual que yo. Te diría que Pheobe es mi personaje favorito porque se me parece un poco a vos. Y no alcanzamos a hablar de eso. Pienso en el listado que podría hacer de aquello que no fue.

Confieso que me encanta lo que estudio y, sin embargo, disfruto más de mis electivas de literatura. Quiero iniciar otra carrera: Sociología. Me gustaría saber qué piensas. Qué debo hacer. Envíame una señal.

Memoria

[Cali, 20/04/09 • 09:07 p.m.]

Emilia,

Todos los que considero mis amigos saben de vos. Saben tu nombre, tu procedencia, tus gustos, tus ocurrencias. Así hablemos de algún hecho banal, alguien te relaciona y, pum, sales referida en la conversación. Nos hemos apropiado de todo lo que representas. De lo que creemos que eres. De lo que he creado sobre vos. Hace un par de días, estaba contando una anécdota nuestra a mis amigas de la Universidad. Tuve que improvisar el final de la historia porque no estaba segura de cómo terminaba. Sentí terror. Apenas han pasado cuatro años y ¿te estoy olvidando? He tratado de recrear nuestras mejores historias para asegurarme de cómo han ocurrido los detalles. Las cuento una y otra vez, y aun así no es suficiente; cada vez se sienten más difusas. Cómo puedo amarte tanto y perder la claridad de los recuerdos, lo único que me queda de vos. Mientras intento avanzar en esta carta, escucho a lo lejos: “Es muy triste recordar momentos felices de un cariño que sangró mi corazón. Llegó la hora de partir sin medir distancias. Y ni sombras quedarán de aquel amor... y ni sombras quedarán de aquel amor”. Me gusta esta canción y pienso en vos rechazando a Diomedes. Es inevitable

cantarla en mi cabeza. Siento nostalgia, pero no porque me identifique con la letra, pienso que es justo lo contrario a lo que me pasa con vos. El mayor temor desde tu muerte es olvidarte. El tiempo es una trampa. Dicen que el tiempo sana las heridas, pero si sanar significa olvidarte, prefiero sufrir.

¿Por qué tan poco tiempo? Quince años. Por qué tan poco. Lo he intentado, pero no logro entenderlo.

Ficción

[Cali, 7/05/09 • 9:10]

En clase de “Cien Años de Soledad”, mi electiva favorita, entendí algo. Extender mis recuerdos a otros es protegerte de la verdadera muerte. La muerte es la desaparición de tu nombre. ¿Qué importa si los recuerdos se vuelven difusos? Para eso sirve la ficción. Cuando me falle la memoria, puedo completar los recuerdos. La literatura siempre fue algo de las dos. Me pregunto si escribir podría vencer tu muerte. Pienso que, además, contar nuestras historias, una y otra vez, me ayudará a recordarte. ¿Y qué si debo cambiar los finales? Te habría encantado esta clase y este profesor. Al pensar en vos se me ha hecho difícil dibujarte con exactitud en mi cabeza. La angustia ahora es por miedo a perder tu imagen, tus gestos. Cuando me pasa esto vuelvo a nuestras fotos y me tranquilizo. Así puedo definir tus facciones de nuevo. Las repaso como si me fueran a tomar una lección.

La Vuelta al Mundo en 80 Días

[París, 3/07/10 • 15:26]

Emilia,

No me lo vas a creer, pero varias veces intenté leer *La Vuelta al Mundo en 80 Días* y nunca pude concentrarme. No lograba avanzar más de veinte páginas. Eso lo cargaba como una frustración enorme. Era el último

libro que me habías regalado y no podía darte la satisfacción de cumplir con mi deber lector. Sí, deber lector. Al menos ya no tengo que hacerte resúmenes. Jaja. Te estás riendo. Lo sé. El libro no me atrapaba. ¡Seis años tuvieron que pasar! Bueno, y estar en París. Acá he terminado de leerlo. No sé si es por estar en Europa que mi sensibilidad ha cambiado. Me conecto más con las descripciones, con el sentido del viaje. Nunca antes había salido del país. Vieras la alegría de mi mamá. Juntó todos sus ahorros y se endeudó para pagarme este viaje. Ya casi cumpla un mes en Europa. Lily me regaló de cumpleaños el viaje a París y a Roma. Viajé muy temprano desde Barcelona con la tía Diana, llegué el día que iniciaba la Fiesta de la Música. Los discos estaban en descuento. Cuando estaba cerca al Notre Dame, al lado del río Sena, le dije a mi tía que me habría encantado estar acá con vos. Ella se enojó, o se puso triste, no sé. No quería ofenderla, pero fue un impulso. Lo dije porque así lo sentí. Noté la amargura en su expresión. Pero es que te puedo ver acá: en una librería, en un café. Es muy fácil para mi imaginarnos en cualquier esquina. Vos me habrías hablado de autores que desconozco. Me dirías todo lo que es importante leer, me regalarías libros. Habrías socializado rápidamente con los buquinistas del Río Sena. Les habrías hecho bromas, algunas pesadas, y tal vez algunos no se habrían reído. Otros te habrían adorado al instante. Nos habríamos dado un par de gustos de lujo. Tú habrías pedido una o dos noches en la suite Oscar Wilde del L'hotel, o una cena en La Brasserie de l'Isle Saint-Louis. Todo esto hubiera ocurrido si estuvieras viva, si yo tuviera dinero y si tu supieras francés.

Mi vos, mi sos

[Cali, 25/06/13 • 22:06]

Emilia,

¡Mi Buenos Aires! Mi vos, mi sos, mis flores amarillas, mis vinos, tangos, milongas. Mis recuerdos que sos vos, este vos que nos une. Tus galletitas, tus barbaridades, tu acento. Tu hermoso y adictivo acento.

Mi memoria que sos vos. Te extraño. Y escribo por este medio. Lo sé, es ridículo. Te escribo a vos en Facebook. Como si pudieras leerme solo porque puedo escribir. Necesito escuchar tu voz, necesito escucharte a vos. A veces solo pienso en tus imprudencias y me río. Imaginar lo que dirías si vieras lo que he visto, si escuchas lo que me han dicho. Así como te recordé en París y pensé. Este es el sitio ideal para Emilia. Y tu soberbia, la recuerdo porque me divertía tanto. Eras una audacia y también un amor. A veces intento verte en Santa Rosa buscando libros devaluados que para vos son alhajas. O hablando de esa música. A veces solo quiero olerte. A veces te huelo y me estremezco. A veces, como hoy, te escucho en mi cabeza. Otras veces voy a Santa Rosa a preguntar por vos. Aún no he logrado que alguien me dé respuesta.

Entre Suipacha y Córdoba

[Buenos Aires, 7/12/14 • 21:39]

Emilia,

Es mi primera vez en Buenos Aires, ¿podés creerlo? Hace unos meses me aceptaron una ponencia para el Congreso en Estudios Poscoloniales y Feminismos del Sur. Decidí usar ese pretexto académico para viajar. Por fin tenía unos ahorros suficientes e invité a mi mamá. Desde hace varios años ambas queríamos hacer este viaje: apenas pisamos el aeropuerto Ezeiza y cambiamos el dinero a pesos argentinos, mi mamá empezó a transformarse.

Estaremos una semana, y en un día y medio mi mamá ya no es la misma. Su actitud autoritaria y terca ahora es sumisa y temerosa. Al principio me ha despertado ternura, compasión. He asumido el rol de mando, le digo qué hacer, qué comer y por dónde caminar. Me hago responsable por las dos. Apruebo o desapruero las compras que elige hacer. No tenemos mucho dinero en efectivo, así que empiezo a controlar los gastos prioritarios.

Al regresar al hotel me tomo dos cervezas en la habitación. Mi mamá lo reprocha. Le parece que es abusar del alcohol. La miro incrédula y desafiante. Si ustedes bebían cada ocho días en la casa.

—Mamá, vos siempre has tomado vino sin ningún problema.
Ya soy grande y esto no es nada.

Al comprar unos alfajores le pido su tarjeta de crédito, ella se queja y dice que llegarán altos los intereses. Le replico que no importa, que yo le pago luego.

Hoy esto me ha desesperado. Quiero salir sola a contemplar las calles. Mi mamá, alterada, dice que es peligroso, que no quiere estar sola, que no puedo abandonarla.

¿Quién es la mamá? ¿Ella o yo? ¿Las dos? Las dos estamos en Argentina por vos.

Hoy caminé Buenos Aires con esa sensación. Esa misma que llevo cargando por nueve años. Se cumple tu aniversario acá y parece que, aunque el tiempo pasa, la nostalgia se acentúa.

Te siento cerca y lejos al mismo tiempo.

Al llegar al hotel me quedo en el lobby, sola, escribiéndote esto:

Mi vieja, he percibido tu aroma, te he sentido conmigo, he recorrido tus pasos buscando desesperada un pasado que jamás conocí, un destino que puede ser cualquiera. Te escucho en las callejuelas, en los restaurantes, en los cafés, en Corrientes. Te escucho en discusiones, en reclamos, en risas estridentes. Te veo en otras mujeres, abuelas que taconeán, en chicas jóvenes altivas, de pelo negro, labios finos y ojos expresivos. Te huelo en el vino, en la humedad de este verano porteño. Siento tus caricias en el viento, con estos buenos aires que me refrescan el alma, mientras intento que no se desgarre; la sujeto entre milongas y desde esa necesidad absurda de encontrarte, de sentirte viva.

Mi primera canción

[Cali, 2/07/15 • 19:20]

Me huele a vos. Estoy por pensar que sos vos. ¿Será el olor a libro y a noche pre-tormenta, a humedad, un olor que me gusta?, o ¿serás vos?, o ¿acabo de descubrir que olías a eso?

Te huelo de nuevo, siempre en la noche, mientras estoy leyendo. Venís a visitarme mientras me recupero de la cirugía de columna, o nunca te fuiste, tal vez siempre has estado cerca, pero ahora quiero notarte. Sabés que he hablado de vos, que te pienso. Querés que confíe, querés que me libere de mis preocupaciones, que no piense en lo perdido. Vos te definías como un alma libre. No entendí eso cuando tu hijo me invitó a soltar tus cenizas al mar de Buenaventura, once años atrás. Él dijo: “mi mamá siempre decía que era un alma libre, por eso llevaremos sus cenizas al mar”. Me pareció un viaje tortuoso desde todo punto de vista. Me imaginé con náuseas durante todo el trayecto, vomitando y llorando. El viaje se canceló. Tus cenizas fueron a parar al humedal de las garzas de Cali. Tampoco quise ir.

Recordé ese episodio en mi casa, y me reconfortó verlo lejano. Ahora te olía. ¿Era real, o era mi imaginación? Quisiera ser como vos.

Empecé a escribir en un cuaderno:

Parece un día más
 Pero creo ver una nueva ruta El futuro es incierto
 Ya no me inquieto Sigo cantando así, Imaginándote
 ¿te quedarás? No es tan difícil Más difícil es
 respirar bajo el agua
 más difícil es sentirse libre.

Puede ser esto la base de una canción.

Retoño

[Cali, 31/03/19 • 17:39]

Mi mamá acaba de heredarme un retoño de la planta que vos le diste a ella cuando te fuiste del barrio Chiminangos. Ambas estaban desconsoladas porque sabían que se distanciarían de forma inevitable. Ya no se verían a diario, y mi mamá sabía que vos no me podrías cuidar de la misma manera. Lloraron juntas, se abrazaron y se te ocurrió dejarle una de tus plantas más queridas: un dólar que mi mamá sembró en una matera de corcho que todavía está en su casa. Mi mamá la ha cuidado por 22 años y, aunque vos te fuiste hace 12, la planta ya tiene otros dos retoños vitales y rozagantes. La vida siguió.

Mi mamá me dijo que eligiera una de las tres plantas, podía llevarme la original si quería. Sentí cómo se me iba desvaneciendo la voz hasta la puerta del llanto. Me contuve. Mi mamá me dijo que si yo te buscaba después de su muerte, ya tenía estas plantas para recordarla. Quería la original, me levanté de la silla y me acerqué a ella. Era la más pequeña de las tres, y se conservaba en su matera de corcho con un papel viejo, gastado y amarillo, pegado en la mitad de la circunferencia, sobre el que todavía reposa la palabra en tinta negra “mata”. Ese era el único vestigio del método que mi mamá usó para enseñarme a leer las primeras palabras relacionándolas con todos los objetos de la casa. (Hoy prefiero usar la palabra “planta”). Pensé que esa era la que me correspondía. Luego sentí un temor abrumador al pensar que, si yo me llevaba la original y esta se moría en mis inciertas habilidades del cuidado, no podría sobrellevar esa pena. Sentí de nuevo que el llanto estaba a punto de salir, después de darme cuenta del miedo que sentía al asumir que un ser vivo dependía de mí y que no estaría dispuesta a cargar con mis propios errores por tu planta. Le pedí uno de los retoños, el más vigoroso. Luego le dije en la cocina que me llevaba ese porque me daba miedo perder el original, y que ella podría cuidarlo mejor. Yo me llevaría ese cuando mi mamá ya no estuviera. Mi mamá se rió y dijo:

¡Ah! Cuando yo me muera.

Asentí. Salí de la casa de mi mamá con mi novio, nos llevamos la planta. Hicimos una parada en la Librería Nacional del oeste para comprar dos libros: *Mi padre y otros accidentes*, y *Nueva York*. Llegamos a la casa y ubicamos la planta en el hall de la entrada del apartamento, me senté a leer, y en la página 19 del primer libro nuevo, se desprendió una tormenta aterradora. Mi llanto encontró una vía para desgarrarse entre relámpagos, y pude ocultarme de la atención de mi novio que veía televisión en otro cuarto. La estampida de agua golpeaba todas las ventanas de la casa que eran mi cuerpo.

La UBA

[25/10/2020][Cali, 17:53 • Buenos Aires, 19:53]

Emilia,

Durante estos años me he preguntado varias veces: ¿Qué hace uno cuando alguien muy amado se muere? 15 años con vos y 15 años sin vos. Antes pensaba que uno podía olvidar a alguien si transcurría exactamente el tiempo que tomó construir los recuerdos. Ahora esa sospecha me parece una sandez.

¿Qué hace uno cuando alguien muy amado se muere?

Tal vez...

Aferrarse a todo lo que quede vivo.

Aferrarse a los objetos, los espacios, las canciones, los libros, la memoria, las ciudades.

Inventar.

La UBA. Dulce. No la UVA. Vino. La Universidad de Buenos Aires. Hay forma de estar en dos lugares al tiempo. En dos épocas a la vez. Ahora mismo estoy en Buenos Aires mientras escribo en el computador. Estudio en pandemia. La pandemia que ocurre aquí y allá y en el mundo entero. Bebo una copa de vino. Estudio de forma virtual, pero en el campus de la UBA. Disfruto ver clases con maestras argentinas. Escucharlas me devuelve a casa. A vos. No puedo esquivar la idea de

seguir buscándote. No es que esté triste. La UBA es felicidad para mí. Me entendés. Es regresar, pero ir. Iba a salir del país y llegó la pandemia. No pensaba ir a Argentina. Vuelvo a vos por alguna razón. La UBA es la promesa de un futuro que da sentido a tu nombre y que inaugura.

¿Qué? No lo sé, pero se siente bien. Algo está comenzando.

Familia

[Cali, 11/11/20 • 23:11]

Emilia,

Llevo tres años viviendo en otra casa que no es la que conociste. Mi mamá sigue allá. Cuando me mudé con mi novio, ninguno sabía cocinar. Sigo sin aprender. Creo que nos parecemos en que somos un desastre, como vos con las labores del hogar. Él es quien cocina. Sí aprendió. Yo me encargo de las flores y del vino. Ambos leemos. Yo escribo. Él va al piano. Hace poco nos llamamos familia.

Hay noches, como la de hoy, en que me siento a contemplar los gatos, las luces y los libros. Aquí el libro pesado y abierto es Borges. Y siempre está abierto en un cuento que revela secretos de viajeros en el tiempo, secretos diferentes, una y otra vez. Secretos a medias. Nada es perfecto, ni está terminado. Todo está dispuesto a deformarse por los juegos de los gatos a las tres de la mañana, todo se puede poner viejo, la mesa se despedaza y las superficies se pelan todo el tiempo. La muerte se quiebra y ocupa otro lugar. Aquí los espacios y las cosas dependen de un orden fugaz y volátil, como los seres que habitan esta casa. Este hogar a veces se percibe atemporal, a veces nunca existió. Solo la música que flota estuvo antes, resuena ahora y permanecerá mañana. Las letras peregrinan en los reflejos de cristales, en los floreros y en las sombras. Esos cuentos no se entienden a la primera y se vuelven tan reales que ya son tres años tratando de contar cuatro historias. La historia del papá, del abuelo, de vos y de alguien más. Pero son ochenta historias. Por eso todo es más complejo, se desploman las creencias. Todo está enlazado, todo estará aquí. Aquí estás vos. Sos mi familia.

BEATRIZ CARRETERO

Carta a una sombra

—Te perdiste el albor de mi lenguaje, nunca imaginaste que esa niña que tanto te extrañó iba a escribir poemas y a encontrar en la escritura la fuente del perdón—.

Madre, quiero vivirte, no recordarte. Quiero que estés presente. Quiero ser la hija presente.

Quiero que mis hijos tengan abuela, la misma que tuve y fue el refugio de mi niñez.

Quiero que olvides los momentos tristes de nuestra separación. Hoy, en mis entrañas, tengo el germen de la vida. Con tres meses de embarazo, te necesito más que antes. Tengo miedo de no ser capaz de criar un niño, me siento insegura. Quiero que me acompañes para siempre en la crianza de mis hijos.

Tu estadía junto a mí será recobrar el tiempo para ser, al fin, una familia. Los momentos difíciles al lado de mi tío y mi abuelita, me enseñaron a valorar lo que tengo, crecí en un ambiente lleno de amor.

Ambos me enseñaron a ser una persona agradecida. Mi abuela Dolores y mi tío Ramón me protegieron. Jamás me sentí abandonada. Jamás me sentí huérfana.

Mi infancia en Manantiales fue feliz. Jugaba con las mariposas y las chicharras: les ponía un hilo en las patas y hacía como si fueran mis cometas. Tuve una muñeca que se llamó Juanita, me la hizo mi abuela en su máquina de coser Singer. Me llevaba por las tardecitas a jugar *El puente está quebrado*, y *Ponchados* a la plazuela Santander. Íbamos al río Luisa a bañarnos. Mi tío hacía las melcochas y el sancocho; tenía sus dotes de cocinero y le quedaba todo muy rico. La abuela servía en hojas de plátano los asados y el caldo en pocillos de peltre.

Por las noches, mi abuela me contaba los cuentos del mohán, la patasola, la madre de agua y otros muchos personajes, hasta que yo me dormía y mi tío me alzaba y me llevaba a mi cama. Ella detrás de él, con sigilo, me tapaba. La mayoría de las veces no estaba dormida, pero me gustaba que me alzaran.

Madre, también recuerdo cuando mi tío me matriculó en primero de primaria. Me había comprado un maletín de cuero que tenía pintadas las letras A B C en realce, y cada letra tenía un dibujo de animalitos. Allí guardaba la cartilla, un cuaderno y una pizarra. También tenía un ábaco en madera para sumar y restar, colores, borrador y lápiz negro. Estudié la primaria sin dificultades, y gané premios como el del paseo a Tolemaida.

Nunca me puse una minifalda; quería ocultar un lunar grande que tengo en la pierna derecha. Me daba pena, parecía una mancha. Es la marca de la familia de mi abuela; ella lo tenía en el estómago (de eso me di cuenta cuando se murió), porque cuando le pusieron una bata café para enterrarla, vi un lunar idéntico al mío.

Mi niñez estuvo envuelta en una violencia política heredada. Estaban en medio los González, liberales, que era la familia de mi abuelo, y los Gómez conservadores, que era la familia de mi abuela. Tal vez, por influencia de mi abuela, Mi tío Ramón salió del bando de los conservadores y por eso yo me alineé a ellos. Ese odio desatado entre los collarejos y los godos, destrozó el país. No en vano muchas familias se desplazaron a regiones más tranquilas, huyendo del horror, de los cortes de franela, el corte de corbata y de los abandonos forzados de las tierras y sus viviendas, en aras de salvar la vida y de evitar muertes

escabrosas, nacidas por el influjo del poder y el fanatismo a un color rojo o azul. ¡Qué inocentes éramos!

A los siete años, cuando empecé a estudiar, también tenía obligaciones en la casa: lavaba la loza de la familia y hacía los mandados. Me gustaba hacerlos porque, cuando sobraba plata de las vueltas, mi abuela o mi tío me regalaban uno o dos centavos. Mi abuela era muy cariñosa. Por las mañanas me despertaba con un beso, y yo me levantaba como un resorte. Con ella aprendí a hilar las vocales para formar las palabras, y conocí los números del uno hasta el diez. Con el tiempo, estos conocimientos se multiplicaron. Con ella, todas las noches eran iluminadas, me mostraba las estrellas y les cantaba. Esos momentos fueron llenos de luz. Las constelaciones en el cielo me dejaban en silencio por todas las preguntas que surgieron después de que te conocí.

Llegaste el día anterior a la celebración de mi primera comunión. Ese día fue traumático, porque yo no sabía que eras mi mamá. Recuerdo a una señora joven, a quien todos llamaban Cecilia. Se dirigían a mí y me decían a una voz: salude a su mamá, dele un beso, dígame mamá. Yo no tuve más alternativa que esconderme detrás de una puerta a llorar amargamente. ¿Cómo así que mi abuela no era mi mamá?

No te quité los ojos de encima en todo el día, me quedé observándote, buscando un parecido entre ambas, pero tú eras trigueña y yo blanca, y mi cabello era como el de las mazorcas, mientras el tuyo era negro y ondulado. Esos tres días que pasaste con nosotros te observé todo el tiempo a escondidas mientras hacías o no hacías, mientras conversabas con mi tío y tu prima Alicia, para no olvidarla nunca.

Me preguntaba a solas: ¿Acaso tenía mamá? Jamás había oído decir que tenía mamá. Mi abuela era mi madre. No te imaginas cómo me invadió el miedo al tener que decirle “mamá” a una persona que acababa de conocer y a la que, además, me obligaban a besar. Perdóname, estaba muy pequeña y no entendía muchas cosas.

Cuánto tiempo, después de este momento, he deseado tenerte cerca siempre y no volver a perderte nunca. Por eso el amor que nace hoy de mi corazón, y el aliento de ser madre, me animan a decirte cuán-

to quiero que tú estés siempre con nosotros para restaurar todo este tiempo perdido. Seremos los seres más amorosos que existan.

Gracias madre, por el vestido de mi primera comunión.

¿Mi mamá? Si nunca sentí una caricia tuya y tampoco te vi arreglar mi uniforme, ni alistar mi maleta para ir a la escuela, porque nunca estuviste allí. Crecí sin que me celebraras un solo cumpleaños. Perdóname. Nunca supe de tu vida de privaciones. Te escribo para pedirte que compartas el resto de tu vida a mi lado y al lado de mi hija, para que ella sepa lo que es una abuela, como fue mi abuela Dolores, y para que sepa yo lo que es el amor de una madre.

Esa noche, la víspera de mi Primera comunión, me entregaste los zapatos con hebillas doradas. Me gustaron mucho. Sé que los hizo el zapatero del pueblo, mi tío Ramón comentó que le habían quedado muy bonitos a don Abraham.

¿Sabes? A veces pensaba que yo era hija de ese señor. Su hija y yo nos parecíamos mucho.

Le pregunté a mi tío si don Abraham era mi papá, y me contestó que no.

Luego, cuatro días después de mi primera comunión, te despedías. Algo se desprendió de mi pecho cuando te fuiste. Acababa de conocerte y te volvías a ir. Volvía a quedarme sola sabiendo que tenía una mamá, pero que iba de nuevo para ser, como había sido durante toda mi vida, como el humo entre la bruma de la tarde.

Lloré muchas tardes tu ausencia. Se lo conté a Glondy, mi amiga imaginaria. Ella, con su alma de pared, me entendía, porque siempre estaba lista para jugar conmigo con la pelota de letras que rebotaba en mi cuarto.

A los nueve años me convertí en la razonera de la escuela. Vivíamos en la esquina de la plazuela Santander, y la escuela urbana de niñas quedaba a unas nueve cuerdas. Mi rutina consistía en pasar por la esquina donde estaban los muchachos del colegio Francisco Miranda y recoger los papelitos que ellos les enviaban a mis amigas de la escuela. Nunca hubo uno para mí. ¿Será que sabían que no tenía mamá?

A los once años, cuando mi abuela murió, sentí que había quedado huérfana. Dos años después volví a verte. Fue cuando me enfermé y terminé internada en el hospital antituberculoso Robert Koch, en Santamaría. Esa enfermedad era un regalo que la vida me daba, porque después de eso me quedaría a vivir en Santamaría, la capital. Me convertía en una persona independiente, porque después de la muerte de mi abuela, el tío se casó y se fue a vivir a Rivera de Belén, y ese lugar era muy lejos de donde yo vivía. El calvario de mi enfermedad fue de año y medio con visitas los domingos, cada quince días. Recuerdo que fuiste unas ocho veces. Me gustaba verte. Anotaba las visitas en mi cuaderno de tareas, me llevabas unos bizcochos que se deshacían en mi paladar. Se llaman cotudos, me dijiste.

En la primera visita, me llevaste una muñeca de trapo, parecida a Juanita, la muñeca que mi abuelita me había hecho. La llamé Anita.

Te recuerdo vestida con abrigo azul, zapatos negros y guantes de lana.

Durante esos días de enfermedad, no me sentí tan triste, porque, aunque no te viera todos los domingos, también veía a mi tío que me llevaba colombinas de coco, ¡qué delicia! Saboreaba ese coco con tanto gusto. Recuerdo que, cuando estaba en la casa, yo le ayudaba a colocarle los palitos y a envolverlas en papel celofán, que hacían ese ruido tan particular, como si las colombinas fueran corriendo en tropel por todo el parque. Cuando dejaste de visitarme como por tres meses, comencé a llorar.

Mamá, esta carta debe ser luz para que nuestras vidas brillen de felicidad y no haya más momentos oscuros. Después de que salí del hospital, nunca más supe de ti.

Mi tío me llevó a vivir donde mi tía abuela Carmen, hermana de mi abuelo, mamá de Alicia. Ya no teníamos casa. Mi tío vivía en una habitación en el barrio el Alto del Cementerio.

Todos los viernes, a la casa de mi tía Carmen, llegaba un compadre, don Nepomuceno, con su hijo Albertico. El viejo debía tener unos sesenta años, y empezó con risitas y meloserías conmigo, y a mí eso no

me gustaba. Lo peor de todo es que mi tía le había arreglado cama en mi alcoba, y yo, muy incómoda, le dije que no me iba a quedar en esa pieza. Ella preguntó por qué, y yo le respondí que ese señor me daba miedo. Recuerdo que ella me contestó: es mi compadre y la quiere como una hija, le sirve de compañía. Yo me puse a llorar.

Alicia evitó que yo me quedara con el viejo y su hijo. Me quedé en el cuarto con ella. Cuánto hubiese querido tener tu compañía para confiarte mis miedos y mis angustias, para que tú me cuidaras y me hablaras de los peligros que puede correr una joven con un viejo morbosos.

Nunca le conté nada de esto a mi tío por pudor, porque eso lo consideraba parte de mi intimidad, porque estas son conversaciones de madre e hija.

Pasaron seis meses, y tenía que volver a control a Bogotá. Nos fuimos con mi tío Ramón.

Tan pronto llegué al hospital, busqué a la Hermana Helena. Le conté lo que me pasaba en la casa de mi tía, que sentía miedo de ser violada, y que Alicia me protegía. La hermana Helena me dijo que de ninguna manera yo podía regresar a Manantiales, porque corría peligro. Ella le contó a mi tío y él entendió las circunstancias, además él ya estaba de novio y quería casarse, pero su dificultad era yo. Él se comprometió a estar pendiente desde lejos. Me despedí del ser que también había cuidado mi vida.

A mis catorce años, la hermana Helena quiso que fuera a un amparo de niñas, y así fue. Dos meses después, ella y el padre Grillo, coadjutor del hospital, me consiguieron un empleo que consistía en cuidar a una señora anciana que había sufrido una embolia. Tenía que bañarla, vestirla, ayudarla a caminar, darle las medicinas y el alimento a horas, y leerle. Acepté el trabajo con la condición de estudiar por la noche; y así fue.

Madre, yo dejaba a Rosarito arreglada para que se durmiera. Salía a las cinco y cuarenta y cinco de la tarde a estudiar, hasta las ocho de la noche. Rosarito era cariñosa, me daba la bendición y yo le daba un beso; tal vez pensaba que era mi abuelita, y salía corriendo como ventarrón

sin freno. Me sentía feliz porque trabajaba, estudiaba y ahorrraba. Gané mi primer salario a los catorce años.

Ahora que lo pienso, jamás oí decir tu nombre. Pero fui testigo del llanto convulsionado de mi abuela en las horas de la noche, cuando salíamos a recibir el fresco. —Yo le pregunté que porqué lloraba y ella, con la voz entrecortada, me dijo que eran cosas de la vida que yo no entendía—. Se quedaba mirando al infinito y suspiraba, y decía: “tu abuelo, tu abuelo...” Nunca entendí esta tristeza de mi abuela.

Por esa época, mis primas iban ya a fiestas. Un vez me invitaron a una *cocacola* bailable, o sea, una fiesta de tres de la tarde hasta las siete de la noche. Mi tía Carmen me dejó ir con el visto de bueno de mi tío.

Qué felicidad, madre, allí pude mostrar mis aptitudes para el baile, te habría encantado ver a tu hija bailando una versión diálogo entre rock y música tropical en *very very well* con el vestido a rayas, cinturón blanco y zapatos de charol. Aún resuenan las notas y el coro que hicimos esa tarde-noche, y el sonido al deslizar los pies al vaivén de las caderas, como si viajáramos en tren por el sonido cuando arranca.

Un día, Alicia me preguntó que si me había llegado la regla. Le dije que no sabía de qué me hablaba. Ella fue explícita y me dijo que si me salía sangre por la cuca. Yo le dije que no. Al día siguiente mi tío me tenía frente al médico. Me preguntó la edad, y que si yo me había acostado con un hombre. Asustada, con las mejillas hirviendo, se me salieron las lágrimas, y contesté que no. Cómo te extrañé en esos momentos de intimidad, para que me hubieses explicado los cambios de una joven.

Muchas veces sentí pánico al recordar la muerte de niños hospitalizados que morían ahogados en vómito de sangre. También las lluvias fuertes me asustaban, sentía miedo. Es como si se avecinara la angustia de la soledad y que, íngnima, no tuviese a quien acudir.

A mis quince, yo no sabía hacer ningún oficio, solo tenía la ternura de mi abuela, la risa de mi tío, y me gustaba leer y escribir. Los quince, para toda joven, son la ilusión del vestido y de la fiesta, pero eso solo pude vivirlo en mi imaginación. Esta parte de mi vida fue totalmente

inexistente para ti, te cubriste de oscuridad entre mis trece y mis veintidós años. Para mí, en cambio, ese tiempo fue de luz, de vislumbrar la vida, porque así iba trazándola paso a paso.

Mamá, la vida me ha llevado por senderos donde no hubo punto de encuentro contigo. El camino del éxito me guiaba, la luz iluminaba mi vida, estudiaba y vivía las cosas buenas y malas para extraer experiencias y aprendizajes.

Me convertí en una mujer llena de sueños y me enamoré, me casé y fui profesional. Tuve miedo de tener hijos; siempre pensé que no sería una buena madre. Por eso ahora, con la seguridad de que vas a acompañarme en esta etapa de mi vida en la que ya han desaparecido los temores, te propongo que vengas y te quedes para siempre. ¡Te quiero Presente, NO Ausente!

—Esta frase se había convertido en lema de su vida—.

—Emma consideró que ya le había contado a su madre, por medio de esa carta, todas las cosas que tenía en su corazón, y la dio por terminada, escribiendo en letras suspendidas—

¡Te quiero Presente, NO Ausente!... Después de estas palabras cerró la carta, agregando este poema que le brotó del alma:

*Cuando niña no estuvo en mi alfabeto
la palabra Mamá.
no estuvo allí.
jamás oí un murmullo en mis oídos.
mis palabras infantiles nunca hilaron la palabra
“Mamá”.
Cuando llegué a serlo,
mi canto fecundo de hilandera
empezó a urdir la palabra.
Amasé la dulzura de esas letras
en la vasija del amor y la ternura.
Fui, entonces, magia...*

*susurro
aire fresco
voz sagrada...
Hoy rompo el silencio, Mamá...
y siento que tú, rosa de tul,
bendices los días que pasé sin ti.*

—Con esta carta, Emma cierra el ciclo que trazó su existencia, luego de vivir en armonía consigo misma.

—Este poema es un símbolo del perdón que viaja a través de la palabra, sublimando el tiempo que no vivió con su madre. Esta carta llena de amor y de ternura donde Emma le cuenta a su madre parte de sus vivencias, la puso en el correo el seis de abril de 1969.

Mientras llegaba la respuesta a su carta, siempre estaba cavilando:

—¿Llegaría la carta a su destino? ¿El correo fue interceptado? ¿Cayó la carta entre la correspondencia que quemaron? ¿Habría puesto mal la dirección?—

Esta carta nunca llegó, pero si hubo respuesta.

El veinte de noviembre, Emma localizó a su mamá por teléfono. Pensó en preguntarle: ¿Quieres vivir con nosotros? ¿Quieres compartir tu vida con la nuestra? Marcó el número, temblorosa y llena de emoción.

—¡Aló!

Emma sintió que su voz se quebraba. Sin embargo, tomó aire y, con la dulzura, dijo:

—Por favor, la señora Cecilia

—Sí, yo soy Cecilia —dijo una voz al otro lado.

Con las emociones arremolinadas y a punto de explotar, Emma sintió que vomitaba:

—Soy tu hija, Emma, te escribí una carta y no sé si te llegó. Ya nació mi hija, tu nieta, quiero que vengas a vivir con nosotros para el resto de nuestras vidas. Fernando, mi esposo, también te quiere. Te queremos en nuestro hogar. Ayudarás a criar a tu nieta, la verás crecer, le darás toda tu ternura. Hubo una pausa larga. Luego, al otro lado, la voz respondió:

—¿Y cuánto me va a pagar?

Emma, sobrecogida de dolor, entendió que no debía seguir buscando lo que nunca tuvo.

Cuatro meses después, Emma, con su hija en brazos, le escribe un poema a una sombra. El espíritu de Emma perdona a su madre por haber sido instrumento de su padre, castrando la felicidad de su vida en familia, y da gracias por encontrar la paz en el perdón a la luz del amor a su hija.

Madre

nunca estuviste cuando era niña
 no sentiste el gugu de mi garganta
 no palpaste mi cuerpo tibio de ternura
 me quedé esperando el beso de lo días.
 No te desperté en medio de la noche
 cuando estaba enferma
 no escuchaste mi risa cantarina
 ni las primeras palabras
 que te nombraban
 Tal vez la maldición de tu padre
 sembró la distancia entre ambas.
 Hoy rompo ese silencio para decirte,
 Mamá... hoy te perdono, me perdono
 no te culpo ni me culpo
 Hoy bendigo los días
 que pasé lejos de ti
 porque la sombra del destino hizo que te encontrara
 por eso hoy
 ¡te abrazo en el perdón!

03.

Capítulos de libro



EL ENIGMA DEL SÉPTIMO AÑO • **MARÍA CLAUDIA CAICEDO**

LOS NOTABLES • **JUAN ANDRÉS VALENCIA**

MARÍA CLAUDIA **CAICEDO PRADO**

El enigma del séptimo año

PRÓLOGO

La Gran Ley Dorada

Cientos de septenios han transcurrido desde la llamada Gran Guerra, y el por qué los dragonsaurios escamosos se convirtieron en los mayores enemigos de las lagartijas de cola arcoíris, continúa siendo un misterio.

Si bien la historia ha reseñado a dos príncipes como los mayores responsables, no se conoce registro del hecho detonante ni de alguna leyenda que se haya atrevido a alzar la voz, quizás porque los traviesos espíritus de la Isla Dorada se encargaron de esconder la verdad, o quizás porque un hechizo sutil e ingenioso pareciera gobernar toda la Isla.

Solo se sabe que, antes de ese antes, nada era como es ahora.

Las lagartijas arcoíris eran simples lagartijas; su único estandarte eran las siete líneas irisadas que portaban sobre sus lomos dorados. En ese entonces, el arcoíris no habitaba en sus interminables colas y, por ende, no gozaban de sus mágicos poderes.

Sus primos más cercanos, los dragonsaurios escamosos, eran auténticos saurios de sangre fría cubiertos por una piel negra y áspera salpicada de manchas doradas, con fuertes garras y colmillos. Sin embargo, de dragones poseían más bien poco, pues el poder del fuego en sus entrañas no se había gestado aún. Tampoco alzaban el vuelo, pese a que poseían un par de volantes, semejantes a dos alas cortas atoradas en sus cuellos que, al desplegarse, les servían para acrecentar la ferocidad de su estirpe y otorgarles un falso aspecto de dragón.

Los tiempos del antes también rememoran los días en que la Isla Dorada era habitada por un espíritu equilibrado y sereno, amigo de todo aquel que quería ser su amigo. De ese espíritu invisible, solo podían percibirse las notas de un ligero aleteo. Rondaba por cada rincón y siempre dejaba a su paso una pluma irisada en señal de buena voluntad. Cuando el corazón de alguna especie le permitía su roce, formaba un nido de plumas en su interior, del que brotaban los más nobles sentimientos. Algunos llamaban a ese espíritu “Armonía”. Otros lo llamaban “Paz”. Se desconoce si aún vive en la isla, aunque hay quienes guardan la esperanza de que se encuentre refugiado en algún lugar, pero eso todavía está por comprobarse.

La historia dice que los dos príncipes —ambos herederos al trono y unidos por la amistad— desataron la guerra al regresar de una travesía por el inframundo volcánico, después de traer los dones del iris (para las lagartijas arcoíris) y del fuego (para los dragonsaurios). Lastimosamente, dejaron encriptada la verdad del por qué de su discordia bajo el mundo intraterreno, pues no debe olvidarse que quien pisa sus profundidades, debe entregar a cambio todos los recuerdos vividos en ese lugar.

Pocas lunas después de lo que se suponía que era un regreso triunfal, aparecieron muertos, sin que ninguna especie —de las tantas que merodeaban por el bosque— hubiera servido de testigo para develar lo ocurrido. Todo parecía indicar que los príncipes se habían dado muerte el uno al otro.

Fue así como llegó la Gran Guerra, donde no hubo vencedores, sino muerte y devastación por lado y lado, por cuanto ambas especies

se habían hecho poderosas a causa de los dones recibidos y por virtud de las alianzas pactadas.

En un intento por poner punto final a los años de guerra, emergió la implacable Gran Ley Dorada, que dividió la isla en dos mundos, separando el bosque del desierto, con la ayuda del cauce serpentina del Río Amarillo. Una ley que, si bien terminó acabando con la guerra, también se encargó de desterrar la paz y de traer una tensa calma.

Por mandato de la Ley, las lagartijas de cola arcoíris se vieron obligadas a abandonar las arenas del Desierto de Áurum para encontrar un nuevo hábitat en la espesura del Bosque Arcoíris, mientras que a los dragonsaurios y a sus otros primos saurios se les prohibió el ingreso al bosque a cambio de un reino en tierras del desierto.

Fue también cuando el Volcán de los Siete Arcos, ubicado cerca de las arenas infinitas, y lugar de culto de los habitantes de la isla, tomó la decisión de no volver a dormir. Sus cuevas se convirtieron en ojos vigilantes, y en su boca se formó un lago de lava dorada y burbujeante, dispuesto a llamar al orden con solo sacudir un poco las entrañas.

Paradójicamente, la Gran Ley dejó sin ley a los territorios de dos enormes custodios (el Volcán de los Siete Arcos, donde algunos acuden para realizar ofrendas vivas a sus dioses o para recibir la sabiduría del Gran Oráculo, y el Río Amarillo, la única ruta por la que pueden transitar los peregrinos que vienen desde el bosque hasta su sitio más sagrado en tierras del desierto) por cuanto allí podían concurrir libremente todas las especies, cada una bajo su propio riesgo.

Otro pequeño territorio también quedó sin ley: la Franja Plana del Río Amarillo (sobre el lado del bosque), una delgada cinta verde engalanada con altísimas palmeras, cañas de papiro y arbustos de variados frutos. Allí, algunas especies del desierto se ven obligadas a pasar para poner sus huevos y resguardarlos mientras dura el proceso de incubación, en busca de la sombra de las gigantescas palmeras doradas que crecen solo sobre aquella parte del río, y de la abundancia de alimento que ofrece su planicie.

Fue aquí, en este último territorio de todos y de nadie —en el que cualquier cosa puede ser posible sin el amparo de la Gran Ley— donde ocurrió un suceso que terminó enredando nuevamente los destinos de las lagartijas arcoíris y de los dragonsaurios escamosos.

Pero antes de entrar a narrar los detalles de lo sucedido, es necesario conocer a los amigos y enemigos protagonistas de esta historia.

CAPÍTULO 1

De los reptilosaurios amigos y enemigos

En la Isla Dorada todo es especial. Cada partícula de su territorio y de sus múltiples especies está bañada, así sea en una minúscula proporción, por el dorado y por las siete tonalidades del arcoíris. En medio del bosque, hay un lugar encantado llamado el Río Íride, donde nacen los arcoíris que circundan el Universo.

Una especie se destaca por ser la única de los reptilosaurios que tiene permitido habitar en la espesura del bosque. La Gran Ley Dorada le impuso a las lagartijas de cola arcoíris abandonar el territorio de donde eran oriundas (las arenas del Desierto de Áurum) y desligarse del resto de su familia sauria que terminó tomando partido por los dragonsaurios escamosos desde la época de la Gran Guerra.

Cuando el poder del iris se posó sobre las lagartijas, las siete líneas irisadas que cargaban sobre las espaldas descendieron hasta cubrir por completo sus extensas colas, dejando los cuerpos bañados en oro. Ese poder, adquirido por un antepasado príncipe durante su travesía por el inframundo volcánico —no se sabe cómo lo obtuvo, pues quien sobrevive regresa sin recuerdos—, les permite camuflarse a la perfección: pueden asemejarse al objeto sobre el cual se posan y permanecer inmóviles por

largo tiempo, al punto de engañar hasta a la misma Muerte. Pueden, además, desprenderse de las colas en caso extremo de supervivencia, con la certeza de que estas volverán a desarrollarse en corto tiempo.

Por voluntad del arcoíris, recibieron el don de la palabra y del raciocinio desde el momento de su nacimiento; por eso, desde muy temprana edad, ya gozan de cierta independencia.

Dentro de esa especie existe una pequeña lagartija que es aún más especial. No tanto por su apariencia física, ya que todas se parecen entre sí: cabeza triangulada, cuerpo largo y aplanado cubierto de diminutas escamas doradas, y una interminable cola segmentada en anillos irisados. Se trata de Mell, una infante lagartija marcada por el destino poco antes que su huevo hiciera eclosión.

Aquel día, consumido por el ocaso, se presentó en el cielo una doble señal que, hasta el día de hoy, las lagartijas arcoíris prefieren nunca mencionar para no recordar lo que conviene olvidar. El volcán estornudó y la tierra se estremeció ocasionando que el huevo de Mell se deslizara y alejara del sitio destinado para su incubación. Los demás huevos de la comunidad lograron mantenerse a salvo debido al acto heroico de una pareja de lagartijas que hacía guardia durante esas horas y que, por tratar de rescatar el huevo de su pequeña, terminaron sepultadas.

Por esa razón, Mell nació íngrima en medio de una cueva arbórea e inexplorada, forzada a abrirse paso entre el cúmulo de tierra que había sepultado su cascarón y un montón de polvorientas bayas doradas que, por azar, llegaron arrastradas por ese enorme estornudo del volcán.

Bisoña y sola, Mell se vio obligada a enfrentarse con una sombra de color rojizo que parecía reptar sobre las raíces que servían de pared a la cueva. Esta cambiaba de forma con cada resoplido que retumbaba en el cielo.

—No te acerques o romperé tu cabezota—dijo la recién nacida, mientras terminaba de limpiarse los restos de miel terrosa de su boca, y hacía un esfuerzo por sostenerse erguida y por tomar entre sus manos un par de piedras ponzoñosas.

—Ya verás —alcanzó a pronunciar nuevamente antes de que su terror se hiciera más grande.

A escasos pasos de sus patas cayó otra lagartija, succionada por un túnel enraizado mientras realizaba la búsqueda del huevo extraviado. Era la reina Irisbell, quien entraba en su destino para, por lo pronto, librarla de aquella sombra rojiza que no paraba de reptar ante sus ojos. La pequeña, al ver que era una de los suyos, se aferró al cuerpo de Irisbell para exclamar lo que el instinto convertiría en una palabra imborrable:

—¡Mamá!

Los ojos de la monarca alcanzaron a encharcarse en ese mar aguamarina que tenía por mirada. Por primera vez, percibió lo que nunca había pretendido en su vida. Un capullo se abrió en su corazón y sintió una punzada en el pecho, como si a esa noble criatura la hubieran cosido a su alma para siempre.

Confundida, la reina optó por acariciar el rostro de la recién nacida. Las palabras se estrangulaban en el interior de su garganta. No ocurría lo mismo con sus pensamientos. Estos navegaban sobre una nube tempestuosa, descargando ráfagas de oscuridad en su cerebro. Luces y sombras se batían a duelo, hasta que llegó la respuesta: unos padres adoptivos. La reina había preferido no dar marcha atrás sobre su decisión de nunca convertirse en madre.

Los relámpagos que exhalaba desde su boca el enfurecido gigante al otro lado del desierto, se encargaron de retratar aquella imagen y de desenredar las palabras de la soberana.

—Es la voz del volcán— dijo mientras alzaba la mirada hacia la cúspide de la cueva para descubrir, en medio de destellos y sonoridades, la cavidad que les permitiría regresar a la superficie.

Aquella corta frase de la reina bastó para aniquilar a la atemorizante sombra. Mell no necesitó de ninguna otra explicación para

comprender que todo había sido un engaño de sus sentidos. Ese precoz entendimiento hizo que la soberana no alcanzara a sospechar que, en aquella cueva, Mell había librado su primera batalla, no contra la serpiente de fuego imaginaria, sino contra la sombra enrojecida que su cuerpo erguido proyectaba por acción de los rayos volcánicos. Eso dejaría una huella en el temperamento de la pequeña, más que la miel ingerida durante sus primeras horas de orfandad.

De allí se desprende la otra peculiaridad de Mell. En su caso, no había una armonía perfecta entre el significado del nombre y su personalidad, como sí ocurría con los demás miembros de esa especie.

En el lenguaje de las lagartijas, “Mell” significa “nacida dulce entre la miel”, porque al salir del huevo lo primero que hizo fue alimentarse de la miel contenida en las bayas doradas, único alimento a su alrededor. Desde que recibió su nombre de manos de la reina Irisbell, en las aguas del Río Íride, se suponía que ese dulce iba a verse reflejado en su carácter.

Pero cumplido casi un septenio desde su nacimiento y por fuerza de la costumbre, otras eran las cualidades que habían emergido en ella: inteligencia, valentía, sagacidad y una destreza precoz en el manejo del mágico arte que portaba en su cola, gracias a que espiaba a escondidas los entrenamientos de la reina Irisbell y sus guerreros.

La dulzura de la miel de Mell era un don esquivo que iba y venía al contoneo de sus caprichos. Tan solo parecía reflejarse en el color ámbar de sus ojos y en una sonrisa tierna que ponía a desfilar sobre sus diminutos dientes cónicos, acaparando la atención cuando pretendía alcanzar algún propósito.

Para ella, el asunto de su nombre carecía de importancia. Su gran sueño era convertirse en la soberana de las lagartijas de cola arcoíris, anhelo que, según ella, tenía vientos a favor. Después de la reina Irisbell, Mell poseía la cola más larga, irisada y luminosa de su especie. Al menos eso era lo que le decían los suyos, quienes la habían acogido desde un principio como hija de toda la comunidad, pues de un huevo huérfano solo cantos y fábulas se habían escuchado con anterioridad.

Debido a las circunstancias en que se produjo su nacimiento, Mell era dada a la aventura en solitario, aunque ello no había sido impedimento para establecer amistad con diversas especies del territorio boscoso, como Canora y Ónice, sus dos amigos más cercanos.

Canora era una pequeña lagartija de mirada angelical y de figura menuda que solía estar entre los árboles más altos, reunida con las aves de bella voz que vivían en el bosque. Hasta allí acudía con el propósito de perfeccionar el don del *bel canto*, un extraño talento para un reptilosaurio.

Ónice, el macho del grupo, también poseía una característica especial que constituía su atractivo más brillante. Llevaba sobre su lomo una hilera de ágatas negras grabadas en la piel desde antes de nacer, que se habían incrustado en su huevo como pequeñas esquirlas, arrojadas por la boca del volcán el mismo día del extravío del huevo de Mell. Tenía, además, en formación una incipiente musculatura, forjada en los ejercicios de rama fija que solía realizar con sus amigos primates.

Mell también contaba con otras amistades dentro de su misma especie, cuyo rango y edad no eran inconveniente. Se trataba de la reina Irisbell y del sabio Logos, a quienes la pequeña les profesaba respeto y admiración.

Si bien había sido tocada por un arcoíris justo al momento de nacer, la soberana Irisbell —la del bello arcoíris en la cola—, había perdido en numerosas ocasiones aquella parte del cuerpo que concentraba su poder. Durante la adolescencia había sufrido del “síndrome de la cola rota”, enfermedad que le impedía mantener la cola erguida a causa de la pérdida de algunos de sus anillos irisados y que le valió, en aquel entonces, el apodo de “la colimocho”.

El camino para convertirse en reina no fue fácil. Logró embellecer su cola a base de estudio, disciplina y esfuerzo. Siempre se destacó por ser una alumna aventajada, amante de la exploración y búsqueda de nuevos conocimientos, poseedora de un espíritu colaborativo y con disposición firme para realizar sacrificios a la hora de alcanzar la sanación.

Llevada por esa motivación, descendió al inframundo volcánico. Sobrevivió a la prueba final, al salvarse de morir petrificada, cuando vio el reflejo de su ser interior en los ojos de fuego del monstruo espinoso, uno de los guardianes del mundo intraterreno. Nunca antes un soberano lagartija se había preparado como ella con el propósito de superar las limitaciones y descubrir la verdad de su esencia.

Por su parte, el sabio Logos, quien estaba a unas cuantas lunas redondas de llegar a la edad dorada de la vejez (77 años), era como un abuelo para Mell. Aunque cargaba con muchos años encima, conservaba un estado físico de atleta. Solo el remolino de escamas que llevaba en la corona de su cabeza parecía haber transmutado de dorado a plateado, un recuerdo de viejas batallas. No obstante, nada de eso le preocupaba, pues en el calendario de su especie todavía le quedaban un buen número de lunas antes de llegar al momento de la “eterización”. Ese fue otro de los dones del iris que aquel antepasado obtuvo en su viaje al inframundo. En condiciones naturales, las lagartijas arcoíris deberían alcanzar los 105 años. Al cumplir esa edad, la comunidad tiene por costumbre acompañar a las ancianas lagartijas al Río Íride, donde se sumergen hasta desaparecer en sus aguas irisadas. Allí se eterizan, se convierten en seres invisibles, espíritus mágicos protectores de la Isla Dorada y guardianas del arcoíris.

El cúmulo de años y de sabiduría amorosa que exaltaban a Logos, hacía que Mell no se desprendiera de su lado. Siempre buscaba extraer de su cerebro alguna historia misteriosa sobre las entrañas del volcán. Nadie sabía tanto de esos temas como él. Había adquirido su sabiduría en el largo recorrido de la vida, especialmente en sus aventuras como navegante de río y de mar.

Junto a Logos, Mell empezó a conocer a sus más terribles enemigos: los dragonsaurios escamosos.

—¿De verdad son nuestros primos?— le preguntó una mañana en que había ido a buscarlo muy temprano, pues la duda la había tomado por asalto la noche anterior. Su mente no

concebía que, siendo de la misma familia sauria, pudieran odiarse hasta el punto de querer aniquilarse.

—Logirisadamente cierto— respondió el sabio Logos entre bostezos, mientras realizaba unos incipientes trazos que pronto tomaron la forma de un dragonsaurio: cabeza triangular, cuerpo erguido, moderadamente robusto, y extremidades alargadas que le proporcionaban un mayor tamaño.

—¡Por todos los iris! ¡Pero si tienen caras y cuerpos de lagartijas! Aunque son más grandes y gordos —anotó la pequeña. Al observar tanto entusiasmo, el sabio instó a Mell a dibujar sobre el cuerpo del dragonsaurio unas escamas semejantes a los granos de una mazorca carbonizada, mientras él ubicaba con precisión algunas manchas brillantes que más bien parecían pequeñas monedas de oro.

El sabio no dejaba de añadir más y más detalles al dibujo, uno de los cuales llamó la atención de Mell.

—¿Qué es esa capa arrugada que lleva puesta en el cuello?

—Le llaman gorguera. Algo así como un collar de piel redondo, bordado con largas espinas, que utilizan para defenderse o asustar a sus enemigos. Cuando están calmados, como en este caso, acostumbran llevarlo replegado hacia atrás.

Con el fin de brindarle una mayor claridad, Logos bosquejó otro dragonsaurio. Su gorguera se asemejaba a un gran abanico capaz de darle una vuelta completa a su cuello. Decidió presentarlo con la quijada abierta para enseñarle los puntiagudos colmillos y la forma en la que expulsaba fuego.

—¿Es cierto que ese collar de espinas fue el regalo que los dragonsaurios recibieron del inframundo volcánico? —indagó Mell, recordando lo que había escuchado alguna vez, cuando preguntó sobre los poderes mágicos del arcoíris en las lagartijas de su especie.

—Bueno, el volante en el cuello lo han tenido siempre, aunque antes solo les servía para aterrorizar a sus enemigos. Cuando su antepasado regresó trayendo la magia del fuego, este quedó conectado a su collar de piel. Por eso, cada vez que expulsan fuego por la boca se les infla la gorguera.

—¿Ese fue el único poder que les dio el inframundo? —preguntó Mell sorprendida, ya que conocía los múltiples dones que el arcoíris había depositado en sus colas.

—¿Te parece poco, mi pequeña? Bien sabes que el fuego destruye y mata. Aunque es cierto que otros regalos vinieron con el fuego. Si ya eran grandes y fuertes, su tamaño y fortaleza se incrementaron. Sus colmillos puntiagudos se afilaron aún más. Sus garras se alargaron. Y, sus escamas gruesas se hicieron impenetrables.

Entre tantos interrogantes que iban y venían sin darle tregua al sabio, Logos olvidó mencionar que a los dragonsaurios también les fue concedida la facultad de hablar y de razonar tan pronto salían de sus cascarones, y que sus corazones se tiñeron, desde entonces, con la oscuridad del odio.

—¡Ahora entiendo por qué son tan peligrosos! —exclamó la pequeña con sus ojos invadidos por una nueva duda.

—Lo que no entiendo es... ¿por qué ellos sí pueden pasar a nuestro bosque y nosotros no podemos pisar el desierto?

—¡Muy buena pregunta, Mell! Aunque la respuesta no es tan fácil. Así quedó escrito en la Gran Ley Dorada. El poder del arcoíris en nuestras colas nos permitió adaptarnos sin problema a las condiciones del bosque. En el caso de los dragonsaurios, las cosas fueron diferentes. Desde antes de la Gran Guerra, venían ellos a poner sus huevos en la Franja Plana del Río Amarillo. Si se hubieran quedado en el desierto, las temperaturas altas habrían producido una descendencia de solo hembras, mientras que acá, bajo el abrigo de las palme-

ras doradas y con temperaturas más leves, existían mayores probabilidades de que naciera una cantidad igual de machos y de hembras. Ahora, en caso de que se hubieran visto obligados a poner sus huevos en las oscuras y húmedas cuevas del volcán, estos nunca habrían eclosionado.

—¿Eclo qué? —preguntó Mell al no haber escuchado antes esa palabra.

—E-clo-sión es cuando se rompe el huevo, y las crías comienzan a salir del cascarón porque ya han alcanzado el desarrollo necesario para poder vivir afuera.

—¡Y, ¿cómo es el volcán?

Ante esa nueva pregunta, el sabio tuvo claro que, de no ponerle fin, ese se volvería un interrogatorio interminable.

—Solo te diré, pequeña curiosa, que el Volcán de los Siete Arcos es una verdadera obra de arte: negro como sus misterios, pero colorido como su magia, aunque esto no puedo explicártelo con palabras. Más adelante, cuando llegue la hora del séptimo cumpleaños, tal vez tus padres te lleven a verlo, así sea desde lejos.

Con un nuevo bostezo, Logos invitó a Mell a degustar una nutritiva merienda:

—¿Qué te parece si mejor desayunamos unos deliciosos gusanos de cera bañados en miel de bayas doradas?—¡Mmm, qué rico! —fue todo lo que dijo Mell mientras comía y comía y pensaba y pensaba, pues ya se veía trepada en una gigantesca palmera dorada divisando el imponente volcán.

Mell estaba tan distraída que no reparó en los peligros que rondaban su imaginación: las palmeras solo crecen en la Franja Plana del Río Amarillo.

En aquel momento de desbordante fantasía, la realidad parecía no tener cabida. Por el contrario, estorbaba.

Mientras esa estampa hacía de las suyas en la cabeza de Mell, el sabio Logos agregó a su pintura un huevo negro salpicado con manchas doradas, el cual ubicó cuidadosamente sobre una cama acolchada elaborada con hojas de palmera. Antes de entregárselo a Mell como recuerdo de su primera lección anticipada sobre dragonsaurios, el sabio trazó un posible camino para llegar allá. Deseaba que comprendiera cuán larga podría ser la jornada y por qué debería realizarla en compañía de sus padres.

Para cuando Mell salió de la casa-árbol del sabio Logos montada en sus patines de madera, con su morral tejido a la espalda repleto de bayas doradas, y un biberón de arcilla cargado de té mágico, tenía en sus pensamientos —y quizá en su corazón— aquella franja plana: un territorio pequeño en extensión, pero gigantesco en posibilidades, pues, en ausencia de la Gran Ley, todo era posible.

JUAN ANDRÉS VALENCIA

Los notables

Cada vez que necesitan abandonar sus puestos de trabajo para cambiar un billete o ir al baño, las cinco personas del Centro Administrativo Municipal de Cali, que pueden decir que han vivido del sector público por más de veinte años sin contratos ni favores políticos, prefieren caminar por los corredores externos que atravesar la plazoleta terracota donde se erigen, frente a frente, dos edificios de diecisiete pisos y un pálido hemicycle de mármol y concreto.

A pesar de ser pasillos muy concurridos (a ellos llegan, todos los días, cientos de ciudadanos a pagar sus impuestos y servicios), es preferible caminar entre filas y tumultos, que hacerlo por esa plazoleta de palomas y baldosas que encandelillan los ojos en los días soleados y se tornan resbaladizas en los días lluviosos.

A las ocho de la mañana llega el primero: un embolador de manos hoscas que se acomoda al lado de la entrada del edificio más angosto, el de las Empresas Municipales¹. Siempre viste de pantalón apretado, camisa colorida, algunas veces chaleco, sombrero de ala corta y gafas oscuras. Esas gafas son para que nadie note que es tuerto. El ojo izquierdo lo perdió de una pedrada que un ladrón le dio una noche, afuera de una discoteca, para robarle el dinero que había ganado en un concurso de baile.

1. Emcali, por Empresas Municipales de Cali, es la empresa que presta los servicios públicos de acueducto y alcantarillado, energía eléctrica y telecomunicaciones.

Jamás ha embetunado los zapatos de un alcalde, pero tampoco se desvive por alcanzar un honor tan eminente: él prefiere atender mujeres —repararles un tacón, remontarles una suela—, las únicas capaces de distraerlo cuando está concentrado deslizado sus dedos sobre un trozo de tela. Entonces él, que no sabe de feminismos, les dirige piropos que casi nunca son correspondidos.

Más tarde, a las nueve, llega la vendedora de frutas con su carrito de madera, que parquea en la esquina del otro edificio, el más ancho, que es el de la Alcaldía. Ahí, a diez metros del embolador, ofrece uchucas, grosellas, gajos de manga viche y porciones de sandía. Pasa las horas sentada sobre una silla plegable que le ayuda a soportar la artrosis de las piernas, ahuyentando con sus manos el humo que los fumadores exhalan cerca. Cuando ya se vuelve denso e insoportable, les pide que se vayan a otro lado, confesándoles que es porque está enferma.

Justamente en esa zona es donde más se reúnen las personas a fumar, en su mayoría contratistas y funcionarios que aprovechan lo que duran uno o dos cigarrillos para confirmar —o desvirtuar— el último chisme político, o ajustar los detalles de su próxima estrategia, la que les hará ganar más terreno en la lucha por el poder que hay en cada dependencia.

Al frente, cruzando la plazoleta, y muy cerca de la entrada al hemicycle, que es donde sesionan los concejales, se instala todos los días otra señora, la de las fotocopias, que tiene una Minolta analógica, de estación, con bandejas y rodamientos. La ubica siempre a la intemperie, donde se agolpan supernumerarios y tinterillos a duplicar documentos que solo ellos saben para qué son buenos.

Por ahí también pasan todos los días concejales, algunas veces escoltados por policías, que dejan atrás una estela de líderes comunales: personas que en campaña les dieron votos —cien, doscientos, quinientos— a cambio de algún contrato por prestación de servicios, o de la gestión de una obra en sus barrios, para seguir manteniéndole la ilusión a la gente de que su situación esta vez, por fin, va a mejorar.

Hacia los lados de la Tesorería, el apartado más concurrido, se mantiene un vendedor de estampillas a quien le resulta particularmente difícil vocalizar lo que ofrece: «Istamías, istamías», repite de ocho a cinco, de lunes a viernes, sin parar. *Istamías* para el desarrollo urbano. *Istamías* pro cultura. ¿Para el desarrollo urbano? ¿Para la cultura? Las lleva en un carriel de piel de vaca, empacadas en pequeñas bolsas plásticas, listas para ser entregadas a los contribuyentes, que todos los días llegan a pagar sus obligaciones ignorando las cosas que suceden tras los muros del CAM.

Finalmente, el tramitador de confianza. De mirada melancólica, párpados caídos y ojos irritados. Todos los días camina de un lado a otro para ayudarles a sus clientes con las diligencias que más tiempo demandan. Efectos de la burocracia, que para él significan el sustento diario. Cobra lo que quieran darle de propina y, como tiene clientes en cada piso del edificio, conoce todos sus recovecos. Incluso ese largo túnel, que conecta a la Alcaldía con el Concejo.

Es un túnel extraño ese que pasa por debajo de una de las dos fuentes de la plazoleta. Lo usan los concejales para llegar a sus despachos desde el parqueadero, que está en el sótano de la Alcaldía. Lo utilizan también los funcionarios cuando deben presentarse a un debate de control político y no tienen tiempo que perder con esos líderes que merodean afuera para exigir el cumplimiento de los favores prometidos.

El hecho de que exista un túnel justo ahí, debería levantar todo tipo de suspicacias, si no fuera porque su apariencia es más la de un pasadizo, iluminado con lámparas tubulares fluorescentes, cuyo tránsito en horas concurridas no facilitaría ninguna negociación malsana, y una reunión privada con el mismo objetivo, pero en otro horario, sería fácilmente escuchada si otra persona pasara, casualmente, al mismo tiempo. El eco de los pasos lo recuerda a cada instante.

Justo arriba, en la superficie, cuando ya son las cinco de la tarde, las barrenderas han recogido todas las colillas y no quedan más palomas, el sol empieza a esconderse detrás de los cerros, y la brisa comienza a

salpicar el agua de los chorros de las fuentes. Entonces, miles de funcionarios comienzan a desalojar los edificios, como hormigas huyendo de un hormiguero recién pisado, para ir a sus casas.

Algunos salen hacia la avenida segunda para tomar algún taxi que los lleve hacia el sur por la calle quinta; otros cruzan el río Cali por el Puente Ortiz para abordar un bus articulado en el Centro, hacia el oriente, y unos más caminan por el Paseo Bolívar para ir hacia el norte por la avenida sexta. Cada quien lidiando con su propia conciencia y asumiendo las consecuencias del rumbo que decidió emprender, porque si hay una sola cosa en la que todos coinciden, es que en el sector público un día estás arriba, pero al siguiente puede que todo te aplaste.

04.
Poemas



LA EDAD DEL DESHIELO (SELECCIÓN) • **JUNIOR ADILSON PANTOJA**

JUNIOR ADILSON **PANTOJA MONTOYA**

La era del deshielo

Selección de poemas

El dedo en la llaga

En la antípoda
de la melancolía
está el placer

si uno empuja el dedo
hábilmente en la hendidura
es posible
reír a carcajadas
o excitarse

solo quien se atreve
-osado apóstol-
a atravesar la llaga

descubrirá que duerme un dios
en cada herida.



Ciertas cosas que podrían clavarse en mi pecho

*No debería suponerse un “nosotros” cuando
el tema es la mirada al dolor de los demás.*

SUSAN SONTAG

Ante el dolor de los demás
me escondo a enumerar
ciertas cosas
que podrían clavarse en
mi pecho

una flecha
lanzada desde un punto ciego

la espina
que algún día fue pez

el pico de un pájaro torpe
recién liberado de su jaula

la herida angosta
que simula ser un corazón que late.



La cicatriz del lenguaje

Como un ciego que repasa
 un verso antiguo
 me detengo en la cicatriz del brazo
 que es de piel *queloidé*

esa palabra
 tan ajena a la epidermis del lenguaje
 y que podría ser el nombre
 de una constelación
 o de una flor que crece
 en las ranuras del pavimento
 echó raíces
 a unos centímetros del *codo*

codo es otra palabra
 que no parece encajar en el poema
 -lo entumece y lo disloca-
 aunque conecte bien con la palabra *húmero*

aunque tropiece con la piedra
 y crujan todos los huesos del idioma.



Sobras

Ni un solo hueso fracturado
ni una sola pérdida de año
ni una tragedia antes de tiempo

sí un corazón destejido
y mucho acné en el rostro
y un vacío enorme
que no intenté saltar
para llegar a otros brazos

el plato de comida
siempre en la mesa

la sopa hirviendo
que pintaba llagas
en la lengua

tantas palabras evaporadas
frases esparcidas entre el miedo
y las sobras del arroz.



Confesión

Una tarde cualquiera tomé una piedra
y apunté a la torcaza que picoteaba
migajas de sueños
en el tierrero del parque

la piedra dio en el blanco
y aún me mortifica
su revoloteo angustioso
con el cuello torcido

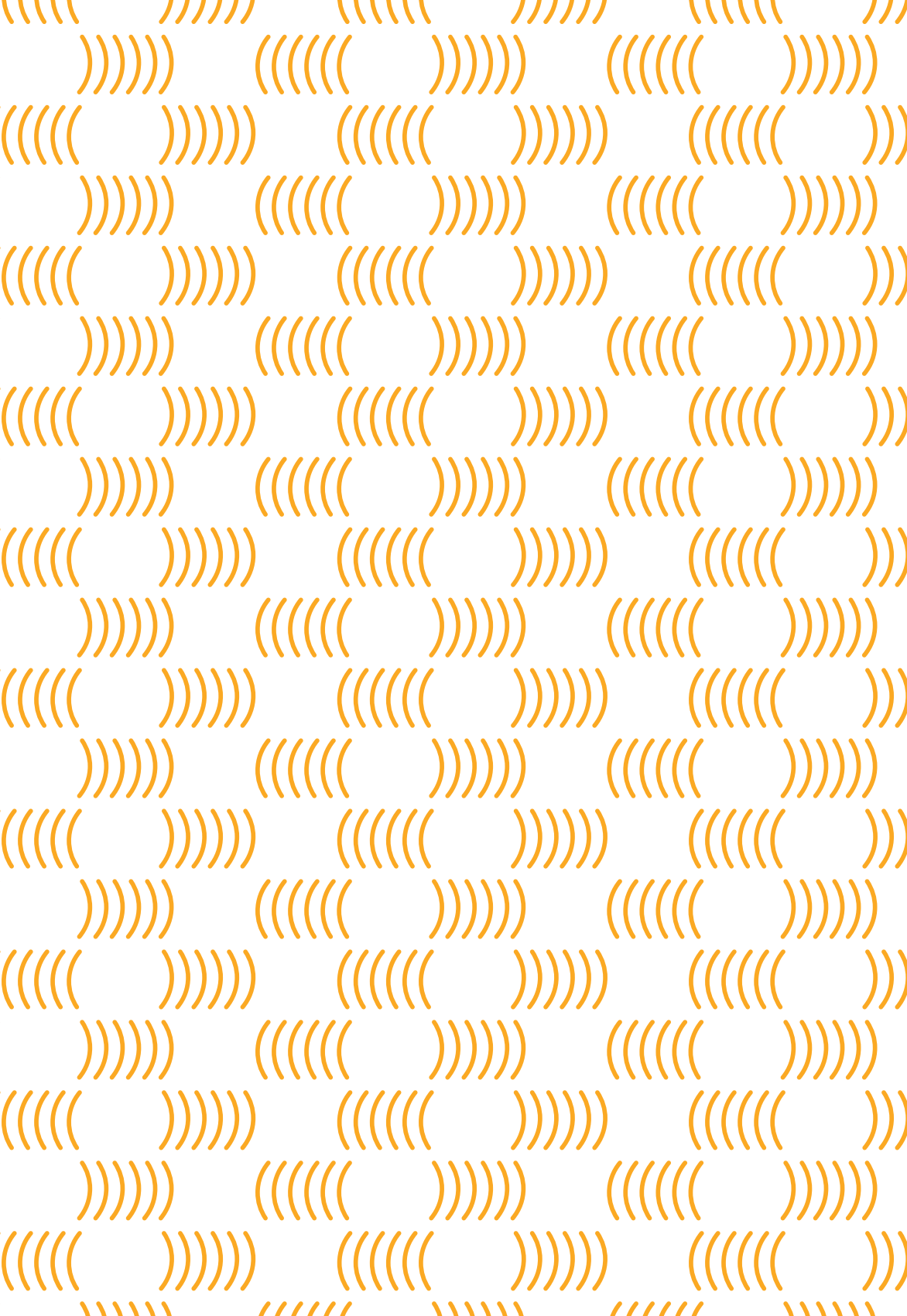
merezco que este poema sea una celda

un pinchazo eterno en el tórax





Este libro se terminó de editar en junio de 2024.
En su preparación, realizada desde la Editorial Universidad Icesi,
se utilizaron tipos Nocturne Serif en 10/15.





*“Sentí un corte helado en el pecho.
Comencé a fragmentarme lentamente.
Salí de la casa de mis abuelos
empujándome hacia afuera. La ropa
era lo único que me contenía en una
sola pieza. Era un cuerpo de fisuras
que sostenían una represa. Me había
agrietado de pies a cabeza, y solo
necesitaba unos minutos para empezar
a inundar todo el pueblo”.*